



CAPITULO XII

Marcha de Esmolensko. Situacion pavorosa del ejercito Batalla del Beresina. Regreso del emperador a Paris.



N APOLEON no podia detenerse mucho tiempo en Esmolensko. Casi todas las reservas se hallaban resguardando por escalones su retirada, pero ya con sumo descarrío con motivo de marchas y contramarchas imprevistas. Las provisiones con que habia contado escaseaban tambien ó se consumian y desperdiciaban con el desconcierto y las urgencias del ejército. A cada paso estaba sobreviniendo algun nuevo quebranto ú acontecimiento funesto. Ya era la division destacada sobre Kaluga que entraba en Esmo

lensko despues de haber dejado en poder de Kutusow toda una brigada; ya era Eujenio á quien el paso del Woop habia costado mil y doscientos caballos, sesenta piezas de artillería y todos sus bagajes; y en medio de tantisimos fracasos, Tchitchagoff se iba acercando y solo se hallaba á algunas marchas del ejército francés, y el frio, nuestro mas formidable enemigo, hacia bajar el termómetro á treinta grados debajo del hielo.

Todo se conjuraba ahora contra Napoleon, así como todo se le estaba sonriendo en otro tiempo. Un solo apoyo quedaba á su inalterable valor, y este era el teson incontrastable de sus jenerales y soldados. En todos los encuentros, los guerreros franceses se estaban siempre mostrando dignos del gran pueblo que les habia cometido el depósito de su gloria, y dignos del grande hombre de cuyos reveses participaban al par que habian participado de sus triunfos. En ninguna temporada de su prosperidad fueron mas denodados. Una de las refriegas que trabó su retaguardia á las órdenes de Ney ha sido llamada por el Inglés Wilson *la batalla de los héroes*. A consecuencia de aquella hazaña esclarecida, el valiente de los valientes, acosado por cien mil Rusos, logró burlarlos é incorporarse con el ejército francés por medio de un pais desconocido y despues de haber pasado el Boristenes sobre los témpanos del rio. Al saber su llegada, Napoleon, que le creia perdido, exclamó con alborozo: «Tengo doscientos millones en el subterráneo de las Tuilerías y los hubiera dado por el mariscal Ney.



Pero el heroismo auxiliar del nùmen, si aun es bastante poderoso para afianzar la gloria en nuestras banderas, nada puede contra la fortuna que mas y mas les vuelve la espalda traidoramente, postrándonos diariamente hasta el extremo trance. Ya hay que lamentar tremendas desventuras, y van a sumirse ante sucesos mas pavorosos que están todavia por describir. Para derribar à un hombre de la estatura de Napoleon, preciso era un embate universal y violentisimo que revoliera contra él intereses, pasiones y elementos, preciso era un mancomun de la tierra y del cielo, una conjuracion que se manifestara con alguna grandisima catástrofe... Ya llego la catástrofe. Aquel cuya ruina debe comenzar, dictará el mismo los pormenores. Si al emperador aquejan entrañablemente los golpes de la adversidad para con él y para con los suyos y sobre todo para la Francia entera, todavia está señoreando el infortunio hasta el punto de arrostrarlo sin quebranto ni abatimiento y hablar de él con la gallarda resignacion que no escluye la esperanza; el número del boletin en que va à dejar estampada su narracion angustiosa, amargamente conservada en las tradiciones populares, bastará por mucho tiempo para rasgucar con una palabra la temporada y la inmensidad de los reveses del grande ejército, sirviendo alla de primer padron al vuelco del sumo capitan.

VIIÉSIMONOXO BOLETIN.

• Hasta el 6 de noviembre el tiempo ha sido hermoso y el movimiento del ejército se ha ejecutado con el mejor éxito. El frio empezó el 7; desde entónces hemos perdido cada noche algunos centenares de caballos que morian en el campamento. Cuando llegamos à Esmolensko, ya nos habian fenecido muchísimos de los cuerpos de caballeria y de artilleria.

• El ejército ruso de Volhinia estaba opuesto à nuestra derecha. Este dejó la linea de operacion de Minsk y tomó el rumbo de Varsovia como



estribo de sus operaciones. El emperador supo el 9 en Esmolensko aquel trastrueque de línea de operaciones y presumió lo que haría el enemigo. Por mas arduo que se le hiciera el ponerse en movimiento con tan cruda estacion , así lo requería el nuevo estado de la situacion , esperaba llegar á Minsk ó á lo menos al Beresina antes que el enemigo ; marchó de Esmolensko el 15, y el 16 durmió en Krasnoe. El frio que habia empezado el 7 se encrudeció de repente, y en los dias 14, 15 y 16 el termómetro señaló de diez y seis á diez y ocho grados debajo del hielo. Los caminos se cubrieron de nevisca ; los caballos de la caballería y artillería perecian todas las noches, no á centenares sino á millares, ante todo los caballos franceses y alemanes ; mas de treinta mil caballos fenecieron en pocos dias ; nuestra caballería quedó toda desmontada ; nuestra artillería y trasportes se hallaban sin tiros : fué forzoso abandonar y destruir una parte de nuestras piezas y de nuestras municiones de guerra y boca.

• Aquel ejército, tan esplendoroso el 6, habia variado mucho el 14 , pues casi no tenia caballería , artillería ni acémilas. Sin caballería no podíamos descubrir á un cuarto de legua, y sin artillería no cabia aventurar una batalla y aguardar á pié firme ; era forzoso marchar para no vernos precisados á una batalla que la falta de municiones nos imposibilitaba sostener ; era preciso ocupar cierto ámbito para no quedar acorralados ; y esto sin caballería que fuese á la descubierta y engarzase las columnas. Tamaña dificultad, junta con un frio escesoivo sobrevenido de repente , hacia muy critica nuestra situacion. Los hombres á quienes la naturaleza no ha dotado de pujanza para sobreponerse á todos los azares de la suerte y de la fortuna , se demudaron , perdieron su alegría y buen humor y solo soñaron desventuras y catástrofes ; los que allá se encumbraron sobre todo contratiempo conservaron su temple, sus modales placenteros y vieron una nueva gloria en las mil dificultades que iban á vencer.

• El enemigo, que veía en los caminos los rastros del horroroso quebranto que estaba acosando al ejército francés, trató de avalorar tamaña ventaja. Envolvía todas las columnas con sus Cosacos, los cuales, semejantes á los Arabes en los desiertos, se apoderaban de los trenes y carruajes que venian á separarse. Aquella despreciable caballería, que solo mete ruido y no puede romper una compañía de cazadores , se hizo temible á favor de las circunstancias. Sin embargo el enemigo tuvo que arrepentirse de todas las tentativas que quiso emprender y quedó arrollado por el vírey , delante del cual se habia colocado y perdió mucha jente.

• El duque de Elchingen, que formaba la retaguardia con tres mil hombres , habia hecho volar las fortificaciones de Esmolensko. Vióse rodeado y se halló en un trance arriesgadísimo del que salió con la intrepidez que le particulariza. Despues de haber atajado al enemigo á bastante distancia durante todo el dia 18 y haberle rechazado invariablemente, verificó de

noche un movimiento por el costado derecho, pasó el Boristenes y burló todos los intentos del enemigo. El 19, el ejército pasó el Boristenes por Orza; y el ejército ruso, cansado y habiendo perdido mucha jente, suspendió sus tentativas.

• El ejército de Volhinia se habia dirigido el 16 sobre Minsk y marchaba sobre Borisow. El jeneral Dombrowski defendió la cabeza del puente de Borisow con tres mil hombres. El 25, tuvo que evacuar aquella posicion, y entónces el enemigo pasó el Beresina marchando sobre Ilobr, la division de Lambert formaba la vanguardia. El segundo cuerpo, mandado por el duque de Reggio que se hallaba en Tscherin, habia recibido orden de asomar sobre Borisow para asegurar al ejército el paso del Beresina. El 24, el duque de Reggio encontró la division de Lambert á cuatro leguas de Borisow, la atacó y derrotó cojiéndole dos mil prisioneros, seis piezas de artilleria, quinientos carros de bagajes del ejército de Volhinia, y rechazó al enemigo á la orilla derecha del Beresina. El jeneral Berkeim, con el 4^{to}. de coraceros, descolló en una embestida arrogante. El enemigo solo pudo salvarse prendiendo fuego al puente que tiene mas de trescientas toesas.

• Ocupaba sin embargo el enemigo todos los pasos del Beresina. Aquel rio tiene cuarenta toesas de ancho; arrastraba bastante hielo; pero sus márgenes están cercadas de pantanos de trescientas toesas de largo, lo que es un grandísimo tropiezo para atravesarlo.

• El jeneral enemigo habia situado sus cuatro divisiones en diferentes desembocaderos por donde presumia que el ejército francés querria pasar.

• El 26 al amanecer, el emperador, despues de haber engañado al enemigo con varios movimientos ejecutados durante el 25, se dirigió á la aldea de Studzianca, y á pesar de una division enemiga, mandó echar en su presencia dos puentes sobre el rio. El duque de Reggio pasó, acometió al enemigo y lo persiguió por mas de dos horas; el enemigo se retiró á la cabeza del puente de Borisow. El jeneral Legrand, oficial de esclarecido mérito, salió gravemente herido; pero no de peligro. El ejército pasó en los dias 26 y 27.

• El duque de Belluno, que mandaba el noveno cuerpo, tenia orden para seguir el movimiento del duque de Reggio, formando la retaguardia y enfrenando el ejército ruso del Dwina que iba á los alcances. La division de Partoureaux cerraba la marcha de aquel cuerpo. El 27, á las doce, el duque de Belluno llegó con dos divisiones al puente de Studzianca.

• La division de Partoureaux salió de noche de Borisow. Una brigada de la misma, que formaba la retaguardia y estaba encargada de prender fuego á los puentes, marchó á las siete de la noche; llegó entre diez y once buscando su primera brigada y su jeneral de division que habian marchado dos horas antes y á quien no habia encontrado en el camino. Sus diligencias fueron infructuosas, y aquel estravio infundió amargas zozos.

bras. Todo lo que se pudo saber despues, fué que dicha primera brigada, salida á las cinco, se habia extraviado á las seis, torciendo á la derecha en vez de tomar á la izquierda, y anduvo dos ó tres leguas por aquel rumbo; que en la noche, traspasada de frio, habia cejado sobre los fuegos del enemigo conceptuándolos del ejército francés. Aquella equivocacion aciaga vino á costarnos dos mil hombres de infanteria, trescientos caballos y tres cañones. Corrian voces de que el jeneral de division no se hallaba con su columna y que habia marchado á solas.



« Habiendo pasado todo el ejército el 28 por la mañana, el duque de Belluno guardaba la cabeza del puente en la orilla izquierda; el duque de Reggio, y á su espalda todo el ejército, se hallaba en la orilla derecha.

« Quedó evacuado Borisow, y entónces los ejércitos del Dwina y de Volhinia se pusieron en comunicacion y combinaron un avance. Al amanecer del 28, el duque de Reggio avisó al emperador que el enemigo le atacaba; media hora despues, el duque de Belluno lo fué en la orilla izquierda, y tomó el ejército las armas. El duque de Elchingen siguió al de Reggio, y el de Trevisa marchó tras el de Elchingen. Trabóse la pelea; el enemigo trató de acorrallar nuestra derecha; el jeneral Doumerc, comandante de la quinta division de coraceros y que formaba parte del segundo cuerpo que se habia quedado sobre el Dwina, dió una carga de caballeria con los 4.º y 5.º regimientos de coraceros en el punto de emboscarse la lejion del Vistula para acometer el centro del enemigo, el cual quedó escarmentado y disperso. Aquellos valientes coraceros fueron derrotando sucesivamente hasta seis cuadros de infanteria y desbarataron la

caballería enemiga que acudía al socorro de su infantería: seis mil prisioneros, dos banderas y seis cañones cayeron en nuestro poder.

• Por su parte el duque de Belluno cerró denodadamente con el enemigo derrotándolo, cojiéndole de quinientos á seiscientos prisioneros y atajándolo allá fuera del alcance de la artillería del puente. El *general* Fournier dió un avance muy gallardo de caballería.

• En la refriega del Beresina, el ejército de Volhinia padeció infinito. El duque de Reggio salió herido; mas no de gravedad, pues solo recibió un balazo leve en el costado.

• Al día siguiente 29, quedamos en el campo de batalla. Teníamos que elegir entre dos caminos, el de Minsk y el de Wilna. El primero pasa por un bosque y pantanos sin cultivo, de modo que le hubiera sido imposible al ejército el mantenerse. El camino de Wilna atraviesa al contrario países aventajados, el ejército, falto de caballería, escaseando de municiones y cansadísimo con cincuenta días de marcha cargado con sus enfermos y los heridos de tantos encuentros, necesitaba llegar á sus almacenes. El 30, el cuartel *general* estuvo en Plechnitsi, el 1.º de diciembre en Slaiki, y el 5 en Molodetschino, en donde se recibieron los primeros convoyes de Wilna.

• Todos los oficiales y soldados heridos y cuanto puede entorpecer la marcha, como bagajes, etc., todo se ha dirigido á Wilna.

• Necesitaba el ejército restablecer su disciplina, rehacerse, remontar su caballería, artillería y enseres como resultado de lo que acaba de *esp*onerse. El descanso era su primera urgencia...

• En todos aquellos movimientos, el emperador signió marchando siempre en medio de su guardia, de la caballería, mandada por el mariscal duque de Istria, y de la infantería mandada por el duque de Dantzick.

• Nuestra caballería se hallaba tan desmontada que fué preciso juntar los oficiales que conservaban todavía su caballo, para formar cuatro compañías de ciento y cincuenta hombres cada una. Los *generales* hacían las veces de capitanes, los coroneles las de subalternos. Este escuadrón sagrado, mandado por el *general* Grouchy bajo las órdenes del rey de Nápoles, no perdía de vista al emperador en todos sus movimientos.

• La salud de su Majestad nunca fué mas *ca*bal. • Hombres ha habido tan injustos que le han echado en cara esta última frase á Napoleón, como un insulto al quebranto de tantísimas familias que iban á sobresaltarse con su boletín, y á enlutarse con los redoblados fracasos.

• Y qué! ¿tenía que agravar él mismo la consternación congojosa que tan dolorosa narración debía acarrear inevitablemente en todo el imperio, dejando á la malevolencia un pretexto para renovar la mendaz noticia que casi había bastado á tres aventureros para conmovier su trono? ¿No era una palabra de consuelo y de esperanza que dirijia á la Francia, diciéndole, tras el cuadro pavoroso de sus quebrantos, que los destinos y los

cielos en el extremo de su saña habian respetado al menos al hombre grande por quien habia descollado tan esclarecidamente en los dias prósperos y cuya vida le era mas preciosa y el númen mas imprescindible que nunca para sobrellevar sus dias ya funestisimos?

Además, ¿porqué hubiera temido Napoleon manifestar á la Francia y á la Europa la monstruosidad de los reveses que acababa de padecer? ¿Porqué se habia de dar por humillado con aquel turbion de enormes fracasos? Ni su pecho ni su entendimiento los habian acarreado, pues ni de uno ni de otro escaseó en los trances mas estremados. Los estranjeros y los Rusos mismos le han hecho esta justicia. En Tolosie, acorralado en un espacio de quince leguas entre Kutusow, Wittgenstein y Tchitchakoff, estrechado por tres cuerpos de ejército formando una mole de ciento y cincuenta mil hombres, no viendo al rededor de sí mas que rostros abatidos y no oyendo mas que medrosos lamentos que patentizaban la postracion de los ánimos que le habian parecido siempre de un temple sublime, conservó suficiente serenidad y teson y se mantuvo dignísimo de la gran nacion y de sí mismo para que sus soldados prorumpiesen: «Todavía nos sacará del conflicto;» y para precisar á sus enemigos á tan esclarecido homenaje: «En tamaña situacion, dice Butturlin, la mas arriesgada en que se halló aquel gran capitán, nunca desdijo de sí mismo. Sin el menor quebranto en tan sumo peligro, se arrojó á otearlo con el alcance de sus potencias, y halló todavia recursos donde un jeneral menos consumado y bizarro ni siquiera hubiera soñado la posibilidad de alcanzarlos.»

¿Pero qué puede el númen contra los elementos? Napoleon no logra con su denuedo y maestría evitar las maniobras de los jenerales rusos, sino para ver espirar su ejército con el rigor del frio, cuya intensidad y estragos se aumentan todavia despues de haber despachado el vijésimo nono boletín. «La diestra se entumece sobre el puño de la espada, las lágrimas se hielan sobre las mejillas,» segun la espresion de un testigo ocular; y aquellas bizarras falanjes que por tanto tiempo hicieron temblar la Europa presentan ahora el aspecto mas lastimoso. «Nos hallábamos todos en tal estado de abatimiento, dice el doctor Larrey, que apenas nos conociamos unos á otros; todos ibamos muda y tristisimamente caminando..... la capacidad de la vista y la pujanza muscular yacian tan postradas que se hacia dificilísimo el seguir cada cual su rumbo y conservar el equilibrio... la palidez del rostro, una especie de alelamiento, la dificultad en hablar y la debilidad de los ojos estaban retratando la muerte.»

¿Debía permanecer Napoleon en medio de aquellos restos pavorosos de su grande ejército y esponder á iguales embates la intelijencia y el brazo en que se cifraba siempre la esperanza de la Francia? Nadie osara pensarlo. Dos dias despues de haber remitido el aciago boletín, juntó en su cuartel jeneral de Morghoni sus principales lugartenientes para participar-



les que iba á separarse de ellos y regresar prontamente á su capital, en donde los acontecimientos hacian necesaria su presencia. «Os dejo, les dijo, pero es para ir en busca de trescientos mil soldados. Forzoso es habilitarse para segunda campaña, ya que por la primera vez no se ha acabado la guerra en una sola.... y sin embargo, ¿de qué ha dependido?.. Sabeis la historia de nuestras desventuras, y cuan escasa es la parte que en ellas han tenido los Rusos. Pueden decir, como los Atenienses decian de Temistocles: «Estábamos perdidos á no estarlo ya de antemano.» En cuanto á nosotros, nuestro único vencedor es el frio, cuyo rigor anticipado engañó á los mismos naturales. Las contramarchas de Schwartzenberg han hecho lo demás. Asi la avilantez inaudita de un incendiario, un invierno sobrenatural, ruines amañes, necias ambiciones, algunos yerros, y acaso traicion y torpes reservas que sin duda saldrán á luz algun dia, he aqui lo que nos arroja al punto de donde salimos. ¿Viéronse nunca probabilidades tan favorables trastornadas por contrariedades mas imprevistas? No por eso la campaña de Rusia dejará de ser la mas esclarecida, ardua y honorifica que pueda mentar la historia moderna.»

El mismo dia (5 de diciembre), el emperador tomó el camino de Paris, poniendo el mando en jefe del ejército en manos del rey de Nápoles. Viajó en un trineo bajo el nombre del duque de Vicenza que le acompañaba. Al pasar por Wilna, conversó por algunas horas con el duque de Bassano. En Varsovia tuvo una conferencia con el conde Patoeki, y visitó

las fortificaciones de Praga. El 14 de diciembre, llegó á Dresde á media noche, y despues de avistarse con su fiel y venerable aliado el rey de Sajonia, continuó hácia su capital, á donde llegó el 18.





CAPITULO XLII

Reflexiones sobre el desastrado paradero de la expedicion á Rusia. Recibe Napoleon parabienes de los cuerpos preeminentes del estado. Quinta de trescientos cincuenta mil hombres. Desercion del general prusiano York. Murat desampara el ejército. Apertura del cuerpo legislativo.



oscou burló las esperanzas de Napoleon. Al encumbrar sus águilas sobre el Kremlin, confiaba alcanzar una paz esclarecida y arraigada, el término de sus expediciones guerreras y la consolidacion de su politica y poderio. Eran ya llegados para la gran causa el término de las contingencias y el cimiento de la seguridad, dijo mucho despues. Un nuevo horizonte y nuevas tareas iban á remanecer, brotando bienestar y prosperidades para todos. El sistema europeo se hallaba fundado, solo se trataba de plantear

lo..... Satisfecho sobre estos grandiosos puntos y á su salvo, por todas partes hubiera tenido tambien mi *congreso* y mi *Santa Alianza*; pues son especies que me han robado. En aquella reunion de todos los soberanos hubiéramos tratado de nuestros intereses, lo mismo que una familia contando con los pueblos..... Estaba ganada la causa del siglo y ejecutada la revolucion; solo se trataba de rehacerla con lo que habia quedado intacto. Esta empresa me correspondia; la habia ido preparando muy de antemano, y acaso con menoscabo de mi popularidad. No importa; yo era el arca de la antigua y nueva alianza, el medianero natural entre el antiguo y el nuevo sistema europeo. Tenia los principios y la confianza del uno, me habia identificado con el otro; pertenecia á entrambos, hubiera hecho de corazon la parte de cada cual. »

¿Porqué la Providencia denegó su cooperacion á la ejecucion de tan grandioso intento? ¿Porqué fraguó un abismo donde Napoleon habia fijado el término de todos sus conatos, el triunfo del siglo y el remate de la revolucion? ¿Porqué un fracaso pavoroso en premio de tan inmenso arrojo y en cambio de tan sumo resultado?

« Los hombres que han escrito ú recapitado la historia, dice Mr. de Maistre, han admirado aquella fuerza recóndita que se burla de los consejos humanos. »

Si es cierto, como Napoleon lo proclamó en Santa Helena, que dentro de poco tiempo la civilizacion y la barbarie deben zanjar por entero su contienda y que marchamos al triunfo completo de una ú otra, tambien es positivo que la causa del siglo no podia ser plena é irrevocablemente ganada por la consagracion de un sistema intermedio que hermanase á la jóven y á la antigua Europa, conservándole á la una sus fórmulas añejas, sus instituciones aristocráticas, y aun en algunos puntos sus mismas dinastías, y consintiéndole á la otra sus nuevos pensamientos, sus propensiones liberales y sus inclinaciones democráticas.

Socolor de comedimientos imprescindibles, la revolucion y el antiguo réjimen hubieran continuado mas y mas en sus desvíos radicales y sus antipatías insuperables; su reconciliacion nunca hubiera sido mas que postiza y volandera. Al tratar de atraerlas y enlazarlas á pesar de la incompatibilidad absoluta que mediaba entre ellas, no emprendió Napoleon sino una obra esencialmente transitoria, y como él mismo confiesa, no hizo mas que comprometer su popularidad. Por una parte la antigua sociedad conservó sus enconos, repugnancias y recelos respecto al hombre que tenia los principios y la confianza de la nueva sociedad; por otra parte esta se obstinó en sus pretensiones y llegó á temer que sus principios no estuviesen ya profundamente arraigados en el hombre que procuraba identificarse con la sociedad antigua.

Napoleon prosiguiendo una transaccion definitiva entre el antiguo y el

nuevo régimen, Napoleón premeditando una santa alianza de los soberanos, casi cual vinieron á plancharla posteriormente sus enemigas sobre los restos de su poderío, y no una santa alianza de los pueblos, como la que tanto brillara en sus proféticas visiones. Napoleón mediano entre la edad media y el siglo dieciocho, no desempeñaba ya con efecto el papel que le había aportado la Providencia, papel de activa propaganda en pro del porvenir, y no de arreglo imparcial en un objeto de contemplación para lo pasado. Con este concepto, que sedujo muy fácilmente su orgullo, había puesto un *ut pax ultra* al espíritu de reforma cuyas obras distaban mucho de hallarse ejecutadas. Era por afán de hermanamiento y orden, ora por necesidad de sosiego y permanencia, el verbo de la desordenada Francia se había alzado: había llegado á concebir que lo ideal de la política contemporánea y la tarea del héroe de los tiempos modernos se cifraban en atajar el caudal revolucionario en el estrecho cauce y las vallas atolladas en donde no había podido contenerle la mano desvalida de la antigua Europa. Pero por jenérico que fuera el aspecto bajo el que se presentase aquella tentativa, no por eso dejaba de ser una audaz negación de los complementos ulteriores y fundamentales que la joven Europa tenía derecho á esperar en su organización política. Era esto detener el desarrollo de la regeneración universal, buscar así el enlace de la revolución con lo que no había destruido, con los restos siempre amenazadores de las monarquías y aristocracias europeas; era dejar el antiguo régimen sobre un pedestal y darlo por último límite al progreso social. Y como la Providencia había prometido á los pueblos una emancipación mas espedita, amplia y terminante que aquella que les hubiera otorgado la santa alianza de los soberanos, la Providencia lo dispuso todo para el cumplimiento de sus promesas.

Primero entregó el diván al influjo inglés y sedujo á Bernadotte en las conferencias de Abo; luego cedió á los unos, embió y enizó á los otros, aconsejó las pausas y contramarchas de Schwartzberg, indujo desaliendo á Junot en Valonina, puso la antorcha en las manos de los topechin, consorció á Alejandro para todas las insinuaciones parciales, hizo á Napoleón accesible á las apocadas insinuaciones de sus lugartenientes; hizo así vacilar en el alma del héroe la confianza absoluta y hasta en los índices inmutables que siempre había abrigado en su pecho, definió otras de inaudita saba un invierno crudísimo, sepultó bajo la nieve la huella mas espelendorosa, trocó el entusiasmo arrollador en creante quiza y desaliento, aventó el recuerdo de los milagros ejecutados y de las finezas derramadas por el prohombré, introdujo la ingratitud en el palacio de los monarcas aliados á quienes había contemplado con dermasa, y hasta en la regia morada de los parientes que había coronado, armó contra el entran-

bos mundos de que se habia creído el medianero natural, y arrebató al par á los pueblos á la revuelta y á los reyes á la traicion.

Sin duda fué un cuadro espantoso que bosquejó la Providencia en la combinacion de todos estos acontecimientos y el desenfreno de todos aquellos ímpetus. Pero como para ella no cabe acaso, pues todo lo ha previsto y coordinado para el cumplimiento de sus arcanos, así no cabe desconcierto á su vista, por cuanto su mano soberana, como dice un gran escritor, lo avasalla todo á la regla y le precisa á cooperar al intento.

Los reyes van pues á hacerle traicion y los pueblos á alborotarse. « Mientras dura la prosperidad, dice con este motivo Benjamin Constant, nada supone el encono de los pueblos; pero al primer desman, estalla aquel odio y es incontrastable. El terrible invierno de 1812 á 1815 destruyó el ejército francés. La Polonia, la Prusia, la Baviera y el Rin estuvieron viendo á Napoleon fujitivo volviendo á Francia..... Suenan y resuenan el eco de los pueblos del Vístula al Rin : muéstranse los príncipes por algun tiempo sordos ; mas los ejércitos salidos de la plebe y que siempre se eslabonan con su origen por inclinaciones y deseos , aclaman la independencian de sus respectivas patrias. El torrente popular arroja las resistencias soberanas, y los súbditos precisan á sus amos á ser libres. »

Aquel afamado publicista no podia tributar su acatamiento al patriotismo de los pueblos sin ensalzar á los reyes por un contraresto que no les costó gran conato y que estaba muy ajeno de su pensamiento. Pero segun él, « los aliados del señor del mundo le servian muy lealmente, y cuando se jactaron de haberle vendido, obraron con engreida alevosia. »

La historia no se avendrá á semejante concepto. Los reyes no servian á Napoleon sino á pesar suyo y á impulsos de la necesidad. No podian perdonarle el origen de su poderio, ni los riesgos y humillaciones que les anduvo imponiendo. Nunca estuvieron finos en su alianza ; y tan solo la prosperidad acalló pasajeramente sus enconos recónditos y pertinaces. En cuanto á los pueblos, habian sido sinceros en su admiracion por el númen que gobernaba la Francia, y cuando se conceptuaron agraviados, no le cercaron con las asechanzas de la diplomacia, no le vendieron con maquinaciones encubiertas ó con torcidas maniobras militares, sino que le contrarestaron á las claras en los campos de batalla.

Sentenciado está el asunto ; la Providencia arrebató á los pueblos contra Napoleon, porque este conceptúa ya los intereses populares á fuer de cabeza de dinastía, y no como el primer magistrado de un estado libre. Escuchadle allá en sus contestaciones á los senadores y consejeros de estado enviados para congratularse de su regreso de Rusia. No acude á la racionalidad del siglo en apoyo de su establecimiento hereditario, ni se atiene al ímpetu de lo venidero para hollar á los facciosos que se atrevieron á amenazar su trono : sus miradas se clavan en lo pasado ; recuerda á los

senadores las tradiciones sacramentales del antiguo régimen para deslindarles por apices el gobierno que ha querido dar á la Francia, y aludiendo al olvido de su hijo en la conspiracion de Mallet, les dice: « Nuestros mayores tenian por voz de reunion: El rey ha muerto, viva el rey. Estas pocas palabras abarcan las principales ventajas de la monarquia. » Aun desentraña mas su concepto con los consejeros de estado, embiste de frente al liberalismo bajo el nombre de *ideología*; tilda á la metafísica por derrocadora de las antiguas instituciones de la Francia, de haber causado todas las desventuras del país; cita en cierto modo á todo el siglo XVIII ante su consejo para echarle en cara sus doctrinas y sus gestiones revolucionarias. « A la ideología, dice, y á esa lóbrega metafísica deben atribuirse todos los quebrantos que ha estado padeciendo la preciosa Francia, pues indagando cavilosamente las causas primeras, quiere sentar sobre sus cimientos la legislación de los pueblos en vez de apropiarse las leyes al conocimiento del corazón humano y á las lecciones de la historia. Estos desahucios debian acarrear el régimen de los hombres sanguinarios. Con efecto, ¿quién ha proclamado á fuer de deber el principio de insurrección? ¿Quién ha adulado al pueblo brindándole con una soberanía que era incapaz de ejercer?... »

Con semejantes reconveniciones refuerza el emperador los tiros ya disparados contra su popularidad. No cabe duda en que estos asaltos no dejarán huella en la historia, donde pasarán inadvertidos algunos renglones con pesar dedicados á los yerros del grande hombre en medio de las numerosas y esclarecidas páginas que estarán requiriendo las maravillas y beneficios de su reinado y de su vida, y que serán las únicas que el pueblo querrá leer y que escuchará la posteridad. Pero la generación contemporánea, abrumada con su desventura presente, no alcanza á conceptuar de tan alto sus impresiones actuales, pues borran momentáneamente su entusiasmo anterior y no le dejan prever que volverá al día siguiente á su embeleso esclusivo. Acosada con tantísima guerra por todas partes, le claman que es aborto del conquistador, quien ha labrado su fortuna y quisiera plantear su despotismo en toda la Europa con el estruendo de sus armas. El pueblo de 1845 no sabe los secretos de las cancillerías, no sabe que Napoleon nunca fué agresor en todas las campañas que hizo, y le dejan ignorar que la aristocracia inglesa y el realismo continental persiguen tenazmente en el emperador al representante de la revolución francesa. Las potencias coligadas le dirán pronto, al contrario, que se encaminan á la libertad de las naciones, que solo las ligan con el despotismo que agobia la Europa. Se pregonarán liberales para arrebatarse á sus pueblos, y Napoleon por su parte, en vez de advertir al pueblo francés que en su persona se alza el principio democrático y la herencia de la revolución, hará acusar á los reyes en medio de su senado, recordando que los salvo del picado re-

volucionario «y ahogó hasta en sus recónditos senos el volcan que á todos los estaba amenazando.»

Mas no llegó todavía el trance de estallar para las grandes potencias del continente que Napoleon arrastró en pos de sí hasta la Rusia; pues el ejército francés está aun cubriendo los ámbitos de la Alemania entera.

El emperador se habia mostrado muy descontento á su vuelta de la conducta observada por los principales personajes del imperio con motivo de la intentona de Mallet, y habia recordado muy de intento en sus respuestas al senado y al consejo de estado, que un majistrado debia estar siempre pronto á fenecer, á ejemplo de los Harlay y de los Molé, «en defensa del soberano, del trono y de las leyes.»

«A mi llegada, dijo despues, todos me andaban refiriendo de buena fe los pormenores que les correspondian y los acusaban. Hasta confesaban de plano que habian caido en la trampa, y por un rato habian venido á creer que yo habia muerto... ¿Pero el rey de Roma? les dije. ¿Y vuestros juramentos, vuestros principios, vuestras doctrinas? Me haceis temblar por lo venidero..... Entonces quise hacer un ejemplar para despejar y precaver los ánimos; y recayó sobre el pobre Frochot, prefecto de Paris, que seguramente me era muy adicto.»

Depuesto Frochot, amonestados los primeros personajes del imperio y terminados los parabienes de tabla en los cuerpos principales del estado, se dedicó el emperador á providenciar lo conveniente y urjentísimo para nuestra situacion militar. Ya no bastaba la quinta ordinaria; pidió y el senado se esmeró en decretar una leva de trescientos cincuenta mil hombres.

Entretanto los restos de la expedicion de Rusia atravesando atropelladamente la Polonia, se iban reuniendo por las fronteras de Alemania. Dispersos, vencidos y estenuados por los elementos, aun habian arrollado á los Rusos á las órdenes del mariscal Ney en un encuentro de retaguardia en Kowno; y desde entónces Platow y sus Cosacos, aunque siguiendo y hostigando continuamente á los Franceses, se mostraban aun temerosos de aquellos pocos valientes en quienes se abrigan siempre el pundonor, la gloria y el denuedo incontrastable del grande ejército. Pero hemos llegado á una de aquellas épocas en que el heroismo y el número del hombre se estremen en vano para rechazar los golpes que le descarga una mano invisible. Si la victoria sigue todavía nuestros pasos en medio de tanta desventura, la fortuna se complace en mostrarse mas y mas infiel y contrapuesta. Nos habia dado aliados dudosos; va á quitarnos todos uno tras otro para trasformarlos en implacables enemigos. El cuerpo auxiliar prusiano es el primero. Su caudillo el jeneral Yorck, que sin duda no obra espontáneamente y que ha recibido sus instrucciones del gabinete de Berlin, negocia con los Rusos; y Federico Guillermo, cuyos estados yacen todavía dependientes ó amenazados por los ejércitos

franceses, niega al pronto solemnemente lo que mandó en secreto, salvo a mostrarse mas terminante en lo sucesivo con una desercion completa y manifiesta.

La capitulacion del jeneral York con el jeneral Diebitch se celebró el 30 de diciembre de 1812. Veinte dias despues (el 18 de enero de 1813), Murat, á quien Napoleon habia nombrado su teniente supremo, desamparó arrebatadamente el ejército francés para regresar á Nápoles despues de haber entregado el mando en jefe á Eugenio. Luego que el emperador supo esta partida repentina, que podia considerar como una escandalosa desercion, se lo escribió á su hermana Carolina: «Vuestro marido, le dijo, es un hombre muy valiente en el campo de batalla, pero es mas apocado que una mujer cuando no ve al enemigo: carece de entereza.» — «Supongo, le escribió á Murat, que no sois de aquellos que creen que ha muerto el leon. Si así calculaseis, os equivocariais. Me habeis hecho todo el daño que podiais desde mi partida de Wilna: el dictado de rey os ha trastornado la cabeza.»

Esta reconvenccion era muy fundada.

Al dejar el puesto eminente que le habia conferido el emperador, Murat habia atendido mas á su corona que á su gloria, y le va á suceder que perdiera la una sin precaver la otra. Por lo demás, ¿con qué rapidez se disparan los acontecimientos! Napoleon se halla todavia en los primeros dias de la adversidad, y ya puede antever todas las amarguras y alevosias que le tiene reservadas. La ingratitud se ha internado hasta el alma en los que todo le deben, encubramiento, nombradía y fortuna; se ha apoderado del corazon de uno de sus parientes y abriga la traicion. ¿Qué no debe esperar tras semejante ejemplo?

Las sesiones del cuerpo legislativo se abren el 14 de febrero bajo estos aciagos auspicios. Napoleon, que á pesar de la nulidad silenciosa de aquella junta, ve todavia en ella la fantasma de la ruidosa democracia á quien tapo en otro tiempo la boca en San Cloud, continúa, en el discurso de apertura, zahiriendo las teorías liberales que con tan poca consideracion trató ante el senado y el consejo de estado. Culpa al gabinete inglés, no de seguir los yerros de la política de Pitt y de amotinar obstinadamente á los reyes de antiguo origen contra los pueblos que han roto su yugo ó que ansian estrecharlo, sino de propagar entre aquellos el espíritu revolucionario contra los soberanos. Tomando además ó aparentando tomar por un mero capricho de la fortuna los desmanes que acaba de padecer, disimula los yerros de aquellos aliados cuya cooperacion no fué activa ni franca, con la esperanza de contenerlos en el declive de la desercion por medio de nuevos y esclarecidos triunfos; y se muestra bastante confiado en el porvenir para decir aun con tanta altivez como pujanza: «La dinastía francesa reina y reinará en España.»

Pero para sincerar esta confianza, para preparar esos nuevos triunfos, no bastan levas de hombres, se necesitan tambien nuevos recursos pecuniarios. Napoleon no oculta al cuerpo legislativo sus intentos y urgencias. « Deseo la paz, le dijo, es necesaria al mundo. Cuatro veces la he propuesto desde el rompimiento que siguió al tratado de Amiens. No firmaré nunca sino una paz honrosa y conforme á los intereses y á la grandeza de mi imperio. »



ni á ti ni á mí,

sino á tu nombre.

año 1812

n



CAPITULO XLIII

Lampara de 1861



JAS Napoleon en todo el discurso de su vida portentosa y absolutamente poetica descollo en tanto grado como en la contienda desproporcionada que ha de sostener ahora contra el destino desapacado Aciago y sublime espectáculo. Todo cuanto fué dado al hombre en teson, pujanza, magnanimidad y numen, Napoleon lo afesora y lo patentiza la estatura moral del héroe se encumbra mas y mas, al paso que se va hundiendo su agitan-

tado poderío. Cífrase en él esplendorosamente la grandiosidad humana; echando el resto de su brio y de sus mas gallardas proporciones en pugna con las potestades sobrenaturales que la doblégan sin humillarla.

El emperador ha manifestado á la Francia sus fracasos, su voluntad y sus esperanzas. Por su parte el pueblo se conmueve; olvida sus agravios y da sus hijos. En pocos meses se forma un nuevo ejército que está pronto á salir á campaña. Los restos del grande ejército lo aguardan en el Elba.

Antes de salir de Paris, Napoleon, advertido por la intentona de Mallet, trata de esconder su gobierno contra toda contingencia en su lejanía, confiando el ejercicio de la potestad suprema á la emperatriz María Luisa, nombrando además un consejo de rejenia. Para descargarse de toda zozobra relativa á la santa sede, procura avenirse con Pio VII, y logra hacerle firmar un nuevo concordato que se publica ejecutivamente, por mas que el papa, retraido por nuevos influjos, haya querido ya retractarlo.

Pero en medio de los grandiosos preparativos que se agolpan bajo su activo é irresistible impulso, Napoleon preve que llegando al Elba, no solo tendrá delante los ejércitos del czar, sino tambien á sus aliados de Berlin y Viena, que fueron siempre sus enemigos encubiertos y que manifestarán ahora sus propensiones hostiles. No le parece pues suficiente la quinta de trescientos mil hombres, y decreta otra de ciento y ochenta mil. El pueblo, aunque ya no exhale aquel entusiasmo de los tiempos de Marengo y de Austerlitz, se allana todavia con patriótica resignacion al nuevo sacrificio que le imponen las circunstancias. Sin embargo las clases acomodadas, que son las mas interesadas en la defensa del pais, tratan de eximirse con sus caudales del tributo de la quinta. Todas las familias, conmovidas con los próximos peligros del soldado, echan el resto de sus recursos para librar á los suyos del servicio militar. No ignora Napoleon que esta repugnancia á la carrera de las armas se aumenta al paso que crecen los riesgos y las urgencias del imperio. Pero es un contajio imposible de atajar, y tan solo cabe minorar sus efectos. Si los pudientes han comprado hasta ahora muy caro el derecho de quedar ajenos de las fatigas del soldado, cuando la salvacion del estado lo requiere puede hacerse este derecho menos absoluto é imposibilitarles el desentenderse por medio de su oro de la lucha sangrienta en que está empeñado el pais. A ellos tocará pues dar un contingente de diez mil hombres, con los que se formarán cuatro regimientos de guardias de honor, y ningun sacrificio metálico podrá eximir de este servicio extraordinario á los hijos de familia que alistará el gobierno. Un senado consulto del 5 de abril de 1815 corrobora esta providencia.

Sin embargo el estruendo del cañon del Beresina habia despertado en Hartwell al caudillo de la casa de Borbon y reanimado sus esperanzas. Parecióle en adelante posible á Luis XVIII la contrarevolucion, hasta entonces enfrenada con el ímpetu arrollador de entereza civil y de heroismo mi-

lutar (concepto que si la pujanza guerrera del soldado francés permaneciese inalterable en medio de los desmanes, á lo menos se había enbibiado bastante el entusiasmo patriótico del ciudadano para que el extranjero se peranzase no encontrar ya en Francia el ataque universal que había deshecho todas las coligaciones anteriores. Preocupado el pretendiente con este concepto, publicó en Inglaterra y fué progonando por el continente una proclama en la que estimulaba ante todo el cansancio del pueblo, ofreciendo madurosamente la opinión vulgar que achacaba á Napoleon la prolongación de la guerra, y prometiendo, entre otras particularidades, la supresión de la quinta. • El emperador manifestó descontentarse de la mala publicación, y ni siquiera con este motivo zolo ni separó á los antiguos realistas que había empleado en las administraciones y á los que había conluido algunos de los primeros destinos del estado. Pero lo que estaba pasando en Alemania llamaba su atención y embargaba sus deseos.

Brumaba la tormenta en las ciudades austerias, el suelo de la Germania, minado en donde quiera por hermandades encubiertas, se hallaba amenazado de espantosas explosiones, y aun las insurrecciones populares habían movido la suspensión de la constitución en la 3.^a división militar (Hamburgo). Encabezaba aquel movimiento la juventud de las universidades, preguntaba odio mortal y eterno al hombre francés y al yugo estrangero, aclamando las ideas liberales que habían salvado y esclarecido la misma Francia. Y los principes, armados contra aquellas mismas ideas, lo mentaban reservadamente ó favorecian á las claras á lo que han llamado posteriormente « amagos populares ».

!Estraña situación! La guerra de 1815 no es esencialmente para los reyes mas que la continuación de la guerra de 1792; es siempre la guerra contra la revolucion, y no obstante su lenguaje se compone en estremo al de Vilnitz y de Coblenza. En vez de continuar llamando en su auxilio las preocupaciones políticas y religiosas de los pueblos contra la democracia francesa, están ahora ensalzando y enardeciendo la desprecupacion, el desuelo filosófico y el patriotismo de los pueblos en nombre de la libertad contra el despotismo de la Francia. La libertad ha hecho mas que vencer á los reyes; los ha condenado á la hipocresia y ha convertido á las naciones, descolando en Prusia aquella mutilacion Napoleon echada de ver harto tarde que una propaganda sin rebozo le hubiera preparado poderosos auxiliares allí mismo donde sus fracasos le atravesaban implacables enemigos; y entonces se le oia decir con pesar. • Mi yerro capital fué quitas el no haber destruido al rey de Prusia cuando tan facilmente podia hacerlo. Despues de Friedland debia quitar la Silesia á la Prusia y regular aquella provincia á la Sajonia; el rey de Prusia y los Prusianos se hallaban harto humillados para no desagraviarse á la primera conjuntura. Si

yo hubiera obrado así, si le hubiese dado una constitucion libre y descargado á los paisanos de la esclavitud feudal, la nacion hubiera quedado contenta. » (O'MEARA.)

La Prusia es pues decididamente enemiga, y no solo la nacion que dejó Napoleon imprudente en cadenas, sino tambien el príncipe que mantuvo jenerosamente en el solio. La plataforma de reprobacion que el rey de Prusia manifestó al jeneral Yorek no ha podido encubrir por mucho tiempo las propensiones del gabinete de Berlin que se patentizan diariamente con actos de malevolencia y de hostilidad. El emperador está ansiando vengarse de tamaña desercion y castigar al impostor que la ha estado encubriendo por dos meses. Desde los primeros dias de abril solemniza con un paso formal la guerra que el monarca prusiano le está haciendo eficazmente, sin atreverse á declararla, y se dispone para marchar hácia el Elba.

Pero asoma otro enemigo entre las potencias del Norte. Bernadotte no se ciñe ya á negociar con los Rusos, quiere pelear contra los Franceses. En agosto de 1812, en el famoso avistamiento de Abo, habia dicho á Alejandro, que se mostraba con ánimo resuelto de desechar toda propuesta pacífica: « Esta determinacion libertará á la Europa. » Y el czar, movido de las palabras y obsequiosos modales del antiguo soldado de la república francesa, le dejó afianzada la posesion del trono de Suecia, y aun le hizo esperar la corona de Francia. Tras los fracasos de la campaña de Moscou, Bernadotte conceptúa llegada la hora de marchar al objeto que ha llegado á divisar su ambicion, y bajo la apariencia de una adhesion esclusiva á los intereses de su patria adoptiva, procura satisfacer los zelos inveterados que manifestó el 18 de brumario, y realizar las quiméricas esperanzas con que le ha halagado un príncipe mañoso. « Si hubiera tenido el juicio y el alma al par de la situacion, dijo Napoleon, si hubiera sido buen Sueco, como lo ha estado aparentando, podia restablecer el esplendor y poderio de su nueva patria, recobrar la Finlandia y acuartelarse en Petersburgo antes que yo llegara á Moscou. Pero abriga enconos personales, una necia vanagloria y pasiones mezquinas. Se le trastorna la cabeza al verse solicitado por soberanos de antiguo linaje y conferenciando política y amistosamente con un emperador de todas las Rusias que no le escasea la lisonja. »

Antes de entrar en lid y alistarse bajo las banderas de los enemigos de la Francia, Bernadotte quiso cohonestar su determinacion á los ojos de la Europa y de la posteridad, acudiendo á los intereses comerciales de la Suecia, comprometidos por el bloqueo continental. En su consecuencia escribió á Napoleon una carta que debia servir de preámbulo apolojético á su conducta, y en la que tildaba al que fué alternativamente su competidor y su amo de haber acarreado todas las guerras anteriores y haber derra-

mado la sangre de un millon de hombres por el éxito de un sistema que lastimaba los derechos y arruinaba el comercio de todas las naciones. «Las calamidades del continente, decia al terminar, están clamando por la paz, y vuestra Majestad no debe menospreciarla.»

Napoleon no rechazaba la paz; mas la apetecia á pesar de sus quebrantos como en medio de sus triunfos, al tenor de todo lo contratado en Tilsitt; y Bernadotte, que habia endiosado á Alejandro por su perseverancia guerrera, sabia muy bien que no debia achacarse la continuacion de las hostilidades al gabinete de las Tuilerías, sino á los que ningun caso hacien de la fe prometida en Tilsitt y de la amistad jurada en Erfurth

Solo en el campo de batalla podia responder Napoleon á las amargurisas reconvenciones y cargos en extremo violentos que le disparaba su antiguo teniente, el cual iba á entregar á nuestros enemigos, segun las expresiones del *Memorial*, «la llave de nuestra política y la táctica de nuestros ejércitos, y mostrarles el camino del suelo sagrado.» El emperador salio de San Cloud á mediados de abril, para correr á la nueva cita que la Europa septentrional le daba en Alemania.

El ejército francés, precisado á dejar crecidas guarniciones en las plazas fuertes que iba dejando á retaguardia desde Dantzick hasta Magdeburgo, se hallaba entónces situado sobre el Saal á las órdenes del virey Dresde y Leipsick estaban en poder de los Prusianos y de los Rusos; el rey de Sajonia habia tenido que desamparar sus estados en busca de abrigo bajo las banderas francesas; por todas partes los enemigos de Napoleon ganaban terreno y se aprovechaban de su ausencia.

Pero Napoleon va á presentarse otra vez en el campo. Llega á Erfurth el 25 de abril, en tanto que el mariscal Ney se apodera de Weissenfels, tras una refriega que le hace prorumpir en «que jamás vió juntamente igual entusiasmo y serenidad en la infantería;» y la nueva campaña se halla así esclarecidamente abierta por el mismo soldado que cerró valerosamente la última en medio de tantísimo fracaso. El resultado de este primer triunfo es arrojar al enemigo á la orilla derecha del Saal y efectuar la reunion del ejército que el virey acaudilló desde Polonia con el que trajo el emperador de Francia.

Napoleon traslada su cuartel jeneral á Weissenfels y manda echar tres puentes sobre el Saal. Allí sabe uno de aquellos rasgos de valor y de arrojo que rebosan en nuestros registros militares y que le dió motivo para probar en satisfaccion del orgullo nacional que la infausta suerte en nada trocó la superioridad gallarda y el temple incontrastable del soldado francés. Un coronel prusiano, á la cabeza de cien húsares, acorrala á quince granaderos del 15 de linea, entre Saalfeld y Jena, y les grita que se rindan. La respuesta del sarjento es apuntarle y tenderlo muerto. Los demás gra-

naderos empiezan al instante un fuego graneado, matan á siete Prusianos y los demás huyen.

El 4.º de mayo, el mariscal Ney prosiguiendo sus triunfos en presencia de Napoleon, se adelanta con la division de Souham formada en cuatro cuadros. Atraviesa á paso de ataque, y clamando viva el emperador, el desfiladero de Poserna, defendido por seis piezas de artillería y tres líneas de caballería. Siguenle las divisiones de Gerard, Marchand, Brenier y Ricard, y en pocas horas quince mil caballos, á las órdenes de Wintzingerode, quedan arrojados por quince mil infantes de la grandiosa llanura que se estiende desde Weissenfels hasta el Elba. La caballería de la guardia, mandada por el mariscal Bessieres, sostiene nuestra infantería, aunque no está comprometida, y padece el quebranto principal de aquel dia. Por una de las fatalidades en que abunda la historia de la guerra, dice Napoleon en su parte á la emperatriz, el primer cañonazo que se ha tirado en este dia ha cortado la muñeca al duque de Istria, y traspasándole el pecho lo ha tendido muerto, por haberse adelantado á quinientos pasos para reconocer la llanura. Este jeneral, á quien fundadamente se debe apellidar el denodado, era recomendable, no solo por su tino militar, por su experiencia en el arma de caballería, sino tambien por sus prendas civiles y su afecto al emperador. Su muerte en el campo del honor es la mas envidiable, siendo tan ejecutiva que no debió de sentir dolor alguno. Pocas



perdidas ha sentido tanto el emperador. El ejército y toda la Francia participaran del dolor que ha experimentado su Majestad.

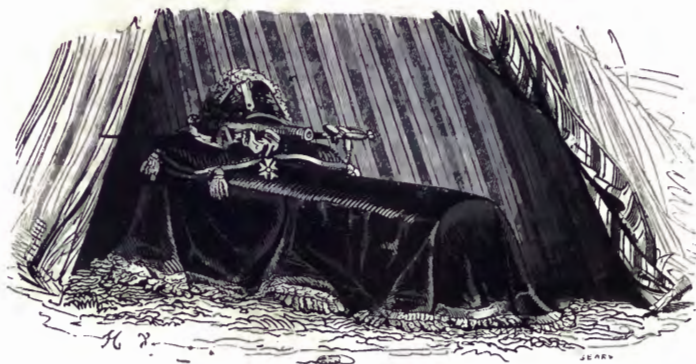
En la noche del 4.º al 2 de mayo, Napoleon sentó sus reales en Lutzen de que éramos dueños á consecuencia del encuentro de la viapara. La guardia jóven y la antigua cercaban al emperador y formaban la derecha del ejército. Ney, situado al centro, ocupaba á Kaia; el virey mandaba la izquierda apoyada al Elster. El 2 á las diez de la mañana, en aquella misma llanura afamada con la victoria de Gustavo Adolfo, se puso en movimiento el ejército á la vista del emperador de Rusia y del rey de Prusia que habian venido á reanimar con su presencia el denuedo de sus soldados. El ataque principal de los coligados se dirigió contra el centro del ejército francés. Grandiosas moles de Rusos y Prusianos marcharon en columna cerrada hácia Kaia, en donde el mariscal Ney tuvo que contrarrestar un embate tremendo. El enemigo, favorecido al par por el número y el terreno, daba por suyo el triunfo. Incontrastable asomaba su caballería, y la nuestra se habia quedado entre los hielos y nieves de la Rusia. Pero al despuntar la refriega, el emperador habia dicho á sus tropas: « Esta es una batalla de Egipto, una bizarra infantería tiene que contar consigo misma. » Y las tropas ansiaban á porfía dejar airoso el dicho del sumo capitán. La aldea de Kaia fué tomada y recobrada varias veces; al fin quedó dueño de ella el general Gerard, el cual, aunque herido de varios tiros, no quiso retirarse del campo de batalla, diciendo que habia llegado el trance para todos los Franceses esforzados de vencer ó morir.

A pesar de esta primera ventaja y del denuedo de las cinco divisiones del cuerpo del mariscal Ney, faltaba mucho para que la victoria quedase decidida á favor de nuestras armas. Los Rusos no se cansaban de pelear y acometían encarnizadamente á nuestro centro esperanzados de arrollarlo. Por un momento pudieron conceptuar que el éxito coronaba su porfiado tesón. Algunos batallones abrumados con el número se dispersaron, y la aldea de Kaia paró otra vez en manos del enemigo; pero Napoleon se presenta y cuantos habian flaqueando se rehacen para marchar adelante al eco de viva el emperador. Harto era el haber atajado aquel principio de derrota; ahora se trata de ganar la batalla con una maniobra terminante. Mientras que el príncipe Eugenio y el mariscal Macdonald acometen las alas y la reserva del enemigo, y el general Bertrand acude para ponerse en línea de batalla, manda Napoleon al mariscal Mortier que tome la guardia jóven y se descolgue sobre Kaia, la tome y pase por las armas á todos los que se resistan. Encarga despues á su edecán, el general Drouot, que coloque una batería de ochenta piezas delante de la guardia antigua, que debe sostener el centro al arrimo de nuestra caballería formada en batalla á la espalda. Estas órdenes se ejecutan sobre la marcha, la batería, asistida por los jenerales Dulauloy, Drouot y Devaux, dispersa el pavor y

la muerte sobre las filas enemigas. Ceden nuevamente Rusos y Prusianos y se desbaratan, aunque no parcial y momentáneamente, como lo habían hecho algunos batallones nuestros, sino con definitiva jeneralidad. Mortier recobra á Kaia sin disparar un tiro, y el jeneral Bertrand llega á tiempo para completar la derrota de los vencidos.

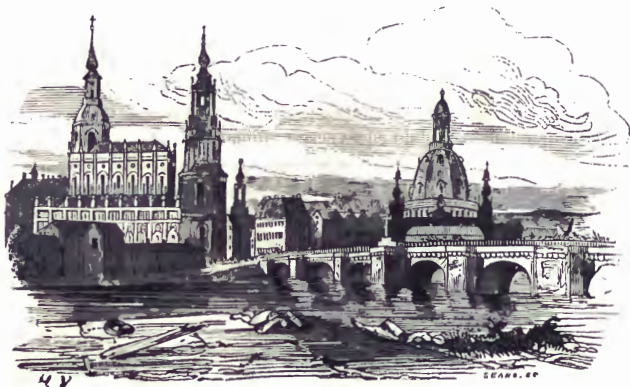
Esta victoria regocija á Napoleon por hallar en su nueva soldadesca todo el denuedo de sus antiguos compañeros de armas. «Hace veinte años que estoy mandando los ejércitos franceses, dijo, y nunca vi tanto arrojo y denuedo.» Era el grande ejército que reasomaba para desengaño de cuantos lo conceptuaban sepultado para siempre en los desiertos del Norte. Con él se lisonjea el emperador de que va á restablecer colmadamente el prestijio de su nombre y el predominio de su soberanía en Europa. «Si todos los monarcas y ministros que manejan sus gabinetes, dijo, pudieran haber presenciado este campo de batalla, desesperanzarian de hacer de nuevo cejar la estrella de la Francia.» (Parte de oficio.) Una hueste de ciento y cincuenta á doscientos mil hombres quedaba completamente derrotada por menos de la mitad del ejército francés, ya tan considerablemente reducido por el malogro de la última campaña. Los Rusos y Prusianos habían perdido treinta mil hombres entre muertos y heridos; los Franceses tuvieron diez mil hombres fuera de combate.

Al día despues de este memorable trance, se esplayó el emperador con su ejército en uno de aquellos solemnes desahogos que se complacia en renovar, porque conocia su májico influjo, y cuyo temple de sublime hermandad, siempre formidable para el enemigo, era el mejor galardón para el soldado francés, engreído con verse vitoreado á la faz del mundo por el hombre grande, blanco del asombro jeneral. He aquí un extracto de la proclama que se publicó el 3 de mayo en el cuartel imperial de Lutzen:



• Soldados •

• Estoy muy pagado de vosotros. Habeis sobrepajado á mis esperanzas. A todo habeis suplido con vuestra ardiente voluntad y vuestro denuelo. En el célebre 2 de mayo habeis derrotado los ejércitos ruso y prusiano mandados por el emporador Alejandro y el rey de Prusia. Habeis añadido un nuevo timbre al esplendor de mis águilas. Habeis mostrado á cuanto alcanza el denuelo francés. La batalla de Lutzen será colocada sobre las de Austerlitz, Jena, Friedland y Moscowa..... •



CAPITULO XLIV.

Continuacion de la campaña de 1813.



ATIDAS en Lutzen las huestes de Alejandro y de Federico Guillermo, pasaron atropelladamente la orilla derecha del Elba. El 4 de mayo, Napoleon se apoderó de Dresde, y al día siguiente salió al encuentro del rey de Sajonia, quien hizo su entrada solemne en su capital con repique de campanas y vitoreado por un jentio inmenso. El emperador se mantuvo invariablemente á caballo jun-

to á tan venerable príncipe, y lo acompañó así hasta su palacio.

Tras aquella reposicion triunfal de su fiel aliado, el primer uso que hizo Napoleon de su victoria fué proponer á los vencidos la reunion in-

mediata de un congreso en Praga para negociar la paz jeneral. Pero los ofrecimientos del vencedor de Lutzen fueron recibidos como lo habian sido los del conquistador de Moscou. Aun advirtió Napoleon por los amañados diplomáticos, cuya interioridad le comunicaban sus agentes, que «la sima enramada de flores sobre que habia colocado el pié al casarse,» estaba en ademan de abrirse ante sus plantas, y se acercaba la hora de abandonarle su augusto suegro. Disimuló sin embargo sus agravios y zozobras contentándose con enviar al principe Eujenio á Italia, encargado de organizar un ejército defensivo para el caso en que el Austria llegara á declararse contra nosotros. Al separarse del virey, Napoleon le dió una prueba señalada de satisfaccion por los eminentes servicios que habia hecho al ejército desde el principio de la última campaña: erigió en ducado el palacio de Bolonia y la posesion de Galliera, perteneciente á su dominio privado, regalándoselo á la princesa de Bolonia, hija primojenita de Eujenio.

El emperador se hallaba todavía en Dresde cuando supo la capitulacion de Spandau. Aquel acontecimiento era un ejemplar muy aciago para las demás guarniciones, y le destempló en tal extremo que mando prender y comparecer ante una comision de mariscales al jeneral que mandaba la plaza y á los individuos del consejo de defensa que no habian protestado. «Si la guarnicion de Spandau, dijo despues, ha rendido sin estar sitiada una plaza fuerte cercada de pantanos, y si ha firmado una capitulacion que debe procesarse y sentenciarse, muy diverso ha venido á ser el desempeño de la guarnicion de Wittemberg. El jeneral Lapoype se ha portado á las mil maravillas, y ha sostenido el honor de las armas en la defensa de aquel punto importante, el cual por lo demás es una plaza ruin con solo un recinto medio derruido, sin que le cupiese mas resistencia que la del teson de sus defensores.» (Parte oficial á la emperatriz.)

Napoleon, desesperanzado ya de sus pacíficas proposiciones, salió de Dresde el 18 de mayo para marchar á la Lusacia y proseguir el rumbo de sus operaciones militares. En pocos dias alcanzó nuevos y esclarecidos triunfos. El 19, Lauriston habia derrotado al jeneral Yorck en Weissy, el 20 y 21, el emperador ganó personalmente las batallas de Bautzen y de Wurtchen; el 22, la retaguardia de los Rusos, acosada por el jeneral Reymer, fué por fin alcanzada y derrotada en las alturas de Reichenbach. Pero el fin de este dia fué señalado con una nueva pérdida, todavía mas cruel para Napoleon que cuantas habia padecido hasta entonces, y mas dolorosa para su corazon que las de Bessieres y Lannes. A las siete de la tarde, el gran mariscal del palacio, Duroc, se hallaba conversando sobre un cerro fuera de tiro de cañon con el mariscal Mortier y el jeneral Kirgener; se habian apesado cuando una bala pasó rozando al duque de Trevisa, le abrió el vientre á Duroc, y tendió al jeneral Kirgener, que murió en el acto.

Luego que el emperador supo aquel fracaso, acudió á ver á Duroc, que respiraba todavía y conservaba toda su serenidad. Duroc apretó la mano de Napoleon y se la llevó á sus labios. « Toda mi vida, le dijo, se vinculó en servicio vuestro, y tan solo me apesadumbro por la utilidad que pudiera rendiros todavía. — Duroc, respondió el emperador, hay otra vida, y allí iréis á aguardarme, donde nos volveremos á hallar algun dia. — Si



señor, pero será dentro de treinta años, cuando vuestra Majestad haya triunfado de sus enemigos y realizado todas las esperanzas de nuestra patria..... He vivido pundonorosamente y de nada me culpo. Dejo una hija, vuestra Majestad le servirá de padre.»

Napoleon, entrañablemente conmovido, estrechó entónces la mano derecha de Duroc y permaneció por un cuarto de hora apoyada la cabeza sobre la mano izquierda de su antiguo compañero, sin poder pronunciar una palabra. Duroc fué el primero que rompió aquel silencio para excusar por mas tiempo el dolor al corazón del grande hombre que no halia cesado de ser su amigo, aun siendo su amo. « Ah, señor, le dijo, idos, este espectáculo os acongoja. » Napoleon cedió á esta última súplica de la amistad, y se desvió de Duroc sin poderle decir mas que estas palabras : « Adios, amigo mio, » y tuvo que apoyarse sobre el mariscal Soult y Caulincourt para volver á su tienda, en donde no quiso recibir á nadie en toda la noche.

Al día siguiente, el general Reynier alcanzó una nueva victoria sobre los Rusos en el reencuentro de Górlitz. El 24, el mariscal Ney pasó el Neisa, y el 25 por la mañana se hallaba en la orilla opuesta del Queisa y entraba en Buntzlau, á donde llegó por la tarde el emperador. En aquella ciudad había muerto el anciano Kutusow algunas semanas antes.

Un leve desman padecido el 26 por el general Maison delante de la ciudad de Haynan no detuvo mucho tiempo la carrera de los triunfos y la marcha victoriosa del ejército francés. Dos días después, el general Sebastiani se apoderó de un convoy importante en Spoltau, mientras que el mariscal Oudinot derrotaba en Hoyerswerda el cuerpo prusiano de Bulow.

El sobresalto que se había manifestado en Berlin iba trascendiendo á Breslau, amenazado por Lauriston. Los soberanos aliados, que estuvieran siempre denodados para guerrear á todo trance hasta que el derecho público de la antigua Europa desbancase al sistema francés, conocieron sin embargo la precision de suspender las hostilidades, ya para rehacerse de las derrotas diarias que andaban padeciendo de un mes á aquella parte, ya para proporcionar á la circunspeccion austriaca el plazo necesario para ir preparando la desercion que debía revolver contra Napoleon todos los lauces de la campaña. El 29 á las diez de la mañana, el conde Schouwaloff, olean del emperador de Rusia, y el general prusiano Kleist se presentaron en las avanzadas francesas para proponer un armisticio, que el duque de Vienne negoció con ellos, primero en el convento de Watelstadt cerca de Lignitz, y después en la aldea neutral de Peicherwitz, en donde se firmó el 4 de junio, tres días después de la entrada de Lauriston en la capital de la Silesia.

El término del armisticio se fijó al 20 de julio. Napoleon insistió en que se admitiese el ofrecimiento de un congreso en Praga, y para dificultar la marcha lóbrega y enemiga del consejo áulico, propuso que se retirasen á la mediacion del emperador de Austria.

La diplomacia extranjera evitó la propuesta, pues tan solo ansiaba ganar tiempo, y con este objeto Mr. de Metternich supo aprovechar los miramientos y consideraciones que Napoleon guardaba con su suegro para alcanzar del vencedor de Lutzen y de Bautzen la próroga del armisticio hasta el 10 de agosto. Pero vencido aquel plazo, hallando la Prusia y la Rusia que estaba bastante menoscabado el concepto de nuestros primeros triunfos, y habiendo ajustado el Austria á su albedrio todas las medidas para disponer cabalmente su desercion y hacer que redundase en todo el quebranto asquible al ejército francés, los jenerales de Alejandro y de Federico Guillermo pregonaron el término del armisticio el 11 de agosto á las doce, mientras que el ministro del emperador Francisco pasaba á nuestro embajador cerca de la corte de Viena. Mr. de Narbonne, la declaracion de guerra del gabinete austriaco contra la Francia. Entonces fue

Luego que el emperador supo aquel fracaso, acudió á ver á Duroc, que respiraba todavía y conservaba toda su serenidad. Duroc apretó la mano de Napoleon y se la llevó á sus labios. « Toda mi vida, le dijo, se vinculó en servicio vuestro, y tan solo me apesadumbro por la utilidad que pudiera rendiros todavía. — Duroc, respondió el emperador, hay otra vida, y allí iréis á aguardarme, donde nos volveremos á hallar algun dia. — Si



señor, pero será dentro de treinta años, cuando vuestra Majestad haya triunfado de sus enemigos y realizado todas las esperanzas de nuestra patria..... He vivido pundonorosamente y de nada me culpo. Dejo una hija, vuestra Majestad le servirá de padre.»

Napoleon, entrañablemente conmovido, estrechó entónces la mano derecha de Duroc y permaneció por un cuarto de hora apoyada la cabeza sobre la mano izquierda de su antiguo compañero, sin poder pronunciar una palabra. Duroc fué el primero que rompió aquel silencio para escusar por mas tiempo el dolor al corazón del grande hombre que no habia cesado de ser su amigo, aun siendo su amo. « Ah, señor, le dijo, idos, este espectáculo os acongoja. » Napoleon cedió á esta última súplica de la amistad, y se desvió de Duroc sin poderle decir mas que estas palabras: « Adios, amigo mio, » y tuvo que apoyarse sobre el mariscal Soult y Caulincourt para volver á su tienda, en donde no quiso recibir á nadie en toda la noche.

Al día siguiente, el general Reynier alcanzó una nueva victoria sobre los Rusos en el reencuentro de Gorlitz. El 24, el mariscal Ney pasó el Nois, y el 25 por la mañana se hallaba en la orilla opuesta del Quisis y entraba en Buntzlau, á donde llegó por la tarde el emperador. En aquella ciudad habia muerto el anciano Kutusow algunas semanas antes.

Un leve desman padecido el 26 por el general Maison delante de la ciudad de Haynau no detuvo mucho tiempo la carrera de los triunfos y la marcha victoriosa del ejército francés. Dos días despues, el general Sebastiani se apoderó de un convoy importante en Spoltau, mientras que el mariscal Oudinot derrotaba en Hoyerswerda el cuerpo prusiano de Bulow.

El sobresalto que se habia manifestado en Berlin iba trascendiendo á Breslau, amenazado por Lauriston. Los soberanos aliados, que estuvieran siempre denodados para guerrear á todo trance hasta que el derecho público de la antigua Europa desbancase al sistema francés, conocieron sin embargo la precision de suspender las hostilidades, ya para rehacerse de las derrotas diarias que andaban padeciendo de un mes á aquella parte, ya para proporcionar á la circunspeccion austriaca el plazo necesario para ir preparando la desercion que debia revolver contra Napoleon todos los lauces de la campaña. El 29 á las diez de la mañana, el conde Schouwaloff, edecan del emperador de Rusia, y el general prusiano Kleist se presentaron en las avanzadas francesas para proponer un armisticio, que el duque de Vicenza negoció con ellos, primero en el convento de Watelstadt cerca de Lignitz, y despues en la aldea neutral de Peicherwitz, en donde se firmó el 4 de junio, tres días despues de la entrada de Lauriston en la capital de la Silesia.

El término del armisticio se fijó al 20 de julio. Napoleon insistió en que se admitiese el ofrecimiento de un congreso en Praga, y para dificultar la marcha lóbrega y enemiga del consejo áulico, propuso que se refiriesen á la mediacion del emperador de Austria.

La diplomacia extranjera evitó la propuesta, pues tan solo ansiaba ganar tiempo, y con este objeto Mr. de Metternich supo aprovechar los miramientos y consideraciones que Napoleon guardaba con su suegro para alcanzar del vencedor de Lutzen y de Bautzen la próroga del armisticio hasta el 10 de agosto. Pero vencido aquel plazo, hallando la Prusia y la Rusia que estaba bastante menoscabado el concepto de nuestros primeros triunfos, y habiendo ajustado el Austria á su albedrio todas las medidas para disponer cabalmente su desercion y hacer que redundase en todo el quebranto asequible al ejército francés, los jenerales de Alejandro y de Federico Guillermo pregonaron el término del armisticio el 11 de agosto á las doce, mientras que el ministro del emperador Francisco pasaba á nuestro embajador cerca de la corte de Viena, Mr. de Narbonne, la declaracion de guerra del gabinete austriaco contra la Francia. Entonces fue

cuando Napoleon descubrió toda la profundidad del abismo sobre el cual habia colocado el pié al enlazarse con la casa de Lorena, tratando de enjertar la brillantez de su alcurnia lozana sobre el orgullo de los antiguos linajes soberanos.

Un acontecimiento judicial acababa de causar grande escándalo en todo el imperio. Los encargados del derecho de puertas de Amberes, acusados de robo y notoriamente culpables, se habian librado de la pena en que habian incurrido cohechando á los jurados. Luego que el emperador supo aquella lastimosa sentencia, prorumpió en ira violenta, y escribió ejecutivamente al gran juez ministro de la justicia para que mandase informar sobre los vergonzosos amaños que habian mediado para la inmunidad y el triunfo del crimen.

« Nuestra intencion, le dijo, es que, en virtud del párrafo 4º. del artículo 55 del título 5º. de las constituciones del imperio, nos presenteis en un consejo privado un proyecto de senado consulto para anular el fallo del tribunal de Bruselas, y remitir este negocio al tribunal de apelacion, el cual señalará un tribunal imperial, ante el que se vuelva á sustanciar la causa, para sentenciarla reunidas las cámaras y sin jurado. Deseamos que si el cohecho trasciende á burlar la disposicion de las leyes, sepan los cohechadores que estas en su sabiduría han sabido precaverlo todo. »

Esto era dar la mayor estension á la dictadura imperial. La voluntad del amo nada reconocia superior á ella, así en el dominio de la justicia como en el de la política, y cuando la moral pública le parecia escandalosa-



mente ultrajada, érale preciso un desagravio estruendoso, por mucho que se debiesen violentar los textos constitucionales. Aunque este menosprecio del resguardo fundamental y de las fórmulas legales solo tuviera por objeto afianzar á la ley su eficacia y el debido castigo al cohecho y á la prevaricacion, los hombres que se preocupaban ante todo de los peligros de la arbitrariedad y que veian en semejante ejemplar el esterinio absoluto de la independancia de la potestad judicial, aquellos sujetos clamaron, al oírlo de Montesquieu, que habia monstruosidad en el gobierno siempre y quando la potestad ejecutiva se entrometia en las sentencias. De este número fué el prefecto mismo de Amberes, el integro Voyer d'Argenson. Antepuso la separacion de su destino al acudir á secuestrar los bienes de los acusados absueltos en la segunda sumaria con que fueron procesados.



CAPITULO XLV.

Continuacion de la campaña de 1813.



NA nueva convocatoria parecia señalada para Dresde, á donde acudian los soberanos del Norte y los príncipes de Alemania de todas partes, no ya para realzar el salon de los reyes y el séquito adulador de 1812, sino para estrechar á Napoleon en un cerco de implacables enemigos.

Doscientos mil Rusos, Prusianos y Austriacos, mandados por el emperador de Rusia, el rey de Prusia y el príncipe Schwartzenberg, atraviesan desaladamente la Bohemia para arrollar la Sajonia y aposentarse sobre la orilla izquierda del Elba. Cien mil hombres maniobran en Silesia á las órdenes de Blucher y Lacken; y ciento y diez mil hombres, entre los cuales abultan los crecidísimos cuerpos de voluntarios que ha abor-

tado el arranque del patriotismo germánico, se adelantan por toda la línea de Hamburgo á Berlin al encuentro de los Franceses.

La superioridad en número esta indudablemente por las potencias aliadas, las que hallan además un arrimo poderosísimo en el espíritu insurreccional de la Alemania conmovida. Tantas prósperas ventajas, tantos elementos de triunfo no habian bastado sin embargo á la coligacion para esperaranzar el vencimiento de la revolucion francesa en la persona del mas esclarecido de sus hijos. Fuéle preciso ganar, seducir y sobornar otros dos alumnos de aquella misma revolucion y recabar de ellos el arcano de la ciencia militar y del prestigio guerrero que habian encumbrado á su madre y al par á ellos mismos. Moreau, anteponiendo de repente la llaneza con un autócrata á la hospitalidad de un pueblo libre, habia desamparado la tierra venturosa de Washington para ir á ejercer junto á Alejandro el papel de consejero íntimo, y se hallaba entónces en el grande ejército de Bohemia bajo el estandarte moscovita contrapuesto á las banderas francesas. Bernadotte, segun la expresion del *Memorial*, «daba á nuestros enemigos la clave de nuestra politica, la táctica de nuestros ejércitos, y les mostraba el rumbo hácia el suelo sagrado;» él era quien mandaba á van guardia en Berlin.

El pueblo francés habia tributado cuerdamente su admiracion, aprecio y confianza, cuando al acercarse el 18 de brumario, ó bajo el consulado, habia rehusado enlazar los destinos de la revolucion con otro nombre que el de Bonaparte y habia aclamado este nombre por el primero entre los patriotas, sin dejarse engañar por ciertas demostraciones de inflexible republicanismo y á pesar de algunas protestas aisladas que intentaban retratar á Bernadotte y Moreau como los Brutos y Catones de la época. Agólpense allá los veteranos de la pandilla del Picadero y los hermanados anteriormente con la sociedad de los Filadelfos; acudan, repito, á orillar su impróvida predileccion y á reconocer la superioridad y el tino certero del instinto nacional. El caudillo de la oposicion del año ocho está ya reemplazando á Brunswick; el adalid de 1804 ha sucedido á Souwarow. ... Dios lo ha querido así para que viniesen á quedar sincerados el pensamiento y el entusiasmo del gran pueblo en el que habia elegido y en los que habia desechado.

Poco importa que Bernadotte y Moreau acudan ahora siniestramente con el auxilio de su experiencia y de su brazo contra la suerte de Napoleon: si fracasa, será en el trance de su vuelco lo que fué en el dia de su encumbramiento, esto es, «el hombre de la Francia,» al paso que sus antiguos competidores solo hallarán en el triunfo mismo el baldon y el recordimiento eternamente embebidos en el dictado de desertores y sirvientes del extranjero.

Tambien Murat puso en zozobra su lealtad y nombradía..... Escrito

está en una de las páginas de sus destinos que renegará y venderá á su bienhechor, á su amigo y su hermano. Pero todavía no ha sonado la hora de la felonía y del oprobio. El 14 de agosto, Murat vuelve á presentarse en el campo de Dresde para pelear todavía contra los enemigos de Napoleon y de la Francia.

Sin embargo, asoma de nuevo la campaña bajo prósperos auspicios para el ejército francés. Napoleon se encamina al encuentro de Alejandro y del rey de Prusia, ha forzado los desfiladeros de la Bohemia, apoderándose de Gobel, Rumburgo y Georgenthal, y después de haberse adelantado á veinte leguas de Praga, ha vuelto á Zittau, desde donde acude arrebatadamente á incorporarse con el ejército de Silesia que está necesitando su presencia. El 21 al amanecer, se halla en Lœwenberg, en donde manda echar puentes sobre el Bober, pasándolo de día á pesar del fuego del enemigo, el cual queda luego arrollado y perseguido hasta Goldberg. El 25, nueva refriega. El general Gerard, que desemboca por la izquierda, vuelca y dispersa una columna de veinte y cinco mil Prusianos, mientras que á la derecha se recobra Flensburg, y finalmente queda decidida la derrota de los aliados tras una carga disparada y sangrienta del regimiento 135.

Pero todas estas ventajas alcanzadas en Silesia ningún influjo tienen sobre la marcha del grande ejército de Bohemia, que se adelanta amenazando á la capital de la Sajonia. Napoleon, avisado de aquel movimiento, deja al punto el mando del ejército de Silesia al mariscal Macdonald y acude con Ney al socorro de Dresde. ¿Llegará á tiempo? Ya está cercada la ciudad toda por grandiosas moles que van por todas partes desembocando para aniquilar la endeble hueste de San Cyr, atrincherada detrás de las empalizadas de los arrabales. Desde las ventanas de su palacio está presenciando el anciano monarca la tala espantosa de la amena campiña de su capital, y acompaña con su quebranto el desconsuelo de aquellos súbditos. Todo anuncia que Dresde va á caer en poder de los Austro-Rusos, y que el mariscal San Cyr no ha de poder contrarestar largo tiempo á Schwartzemberg. La fidelidad de los cuerpos alemanes que todavía sirven bajo nuestras banderas flaquea ya en términos que dos regimientos de húsares wesfalienses se pasan al enemigo. El vecindario está ya en visperas de tratar de rendición.

Pero de repente se aparece Napoleon: el 26 á las diez de la mañana, atraviesa á galope el puente de Dresde y sus tropas le siguen á paso de ataque. Desde entónces cesa el desaliento y renace la confianza. El vecindario de Dresde prorrumpe en gritos de regoejo al ver desfilar los coraceros de Latour-Maubourg, como si estuviera ya leyendo en aquellos rostros belicosos el decreto de salvación para la ciudad.

A su llegada, el emperador se entera de los preparativos de defensa que se han practicado, y queda muy pagado al ver que cuanto ha providencia-

do el mariscal San Cyr es dignísimo de su aprobación. Satisfecho sobre este particular, sube al castillo, y con su presencia espoya á la familia real, que estaba tratando de fugarse.

Su visita es instantánea, pues vuela en alas de su afán por imponerse presencialmente en el número, posiciones y movimientos del enemigo, para lo cual se sitúa al punto en una de las puertas de la ciudad, agasajado por un vecindario afectuoso que anda descifrando en la frente serena del gran capitán la prenda de su propia seguridad. A la una Napoleon se halla al extremo del arrabal de Pílnitz; se apea y recorre todo el recinto exterior de la ciudad acercándose bastante á las avanzadas enemigas para que una bala fria tienda á su lado al paje que le acompaña.

A las tres da la señal de ataque con tres cañonazos disparados de las baterías del ejército austro ruso; suenan los tiros, y el enemigo, que está coronando todas las alturas que rodean la ciudad, baja á la llanura y se encamina arrojadamente contra nuestros reductos. Estimúlale la presencia de los soberanos, y en la embriaguez de aquel ímpetu se conceptúa vencedor y prorrumpe en gritos de: *Paris, Paris*. Pero pronto el soldado francés acredita su pujanza guerrera, y su emperador está allí volviendo por el blason de sus águilas. Trabase la lid repentina y atrozmente. Hasta las reservas mismas se abalanzan; llueven balas y bombas dentro de la ciudad. Napoleon está palpando que llegó el trance de afianzar el paradero de la pelea y salvar la capital del único aliado que se le mantiene fiel. Manda contra el costado derecho del enemigo á Murat con su caballería, y contra el izquierdo el cuerpo del duque de Trevisa. Luego hace desembocar por las puertas de Pirna y Plauen cuatro divisiones de la guardia nueva, mandadas por sus dignos jefes los jenerales Dumontier, Barrois, Decouz y Roguet, colocados á las órdenes del valiente principe de la Moscowa. El embate de entrambas columnas trueca al punto el aspecto de la batalla. Todo cesa y se desvia ante la guardia jóven. Aquellos agresores, poco han tan arrogantes y desdenosos, se ven perseguidos ahora á diestro y siniestro, y abandonan la llanura que habian invadido con tantísimo denuedo, y que los coraceros despejan casi ya sin resistencia.

• No cabe duda en que el emperador está en Dresde, esclama entónces el principe de Schwartzenberg; se ha malogrado el momento propicio para tomar la ciudad; no pensemos mas que en desviarnos. •

Con efecto, el emperador acaba de hacer constar su presencia, no solo por la maestria en disposiciones y maniobras, sino tambien por su activa participacion en los conatos y peligros heroicos de su ejército. Napoleon, en medio de una lluvia de balas y bombas, dice un escritor alemán testigo ocular, pasa á galope tendido por el Schloss Gasa para llegar á la puerta del lago y la trinchera de Lippoldswalde. Despues de pararse allí un momento, corre al campo de batalla: un oficial de su acompañamiento cae

muerto á su lado y muchos edecanes suyos salen heridos. » (Narracion de lo que ocurrió en Dresde, por un Sajon, testigo ocular, el mayor de Odeleben.)



Hasta las nueve de la noche suena el cañoneo. A las once el emperador recorre todavía el campo, procurando reconocer por sí la línea enemiga y ajustando sus cálculos y planes para el día siguiente. A las doce vuelve al castillo; pero antes de desnudarse llama á Berthier á su gabinete y le dicta órdenes, que se despachan inmediatamente á cuantos jenerales se hallan mandando cuerpos de ejército para que todos estén pronti para la madrugada para volar con el número del emperador tras el buen éxito de la nueva refriega que se está preparando.

Sin embargo, un cuerpo austriaco, al que una distribucion de aguardiente ha sacado del abatimiento en que yacia, el ejército del principe de Schwartzberg, á consecuencia de la derrota del día anterior, ha intentado una sorpresa en la puerta de Plauen, al resguardo de una noche oscura. Pero tropieza allí con el jeneral Dumoustier y el coronel Cambrone; el primero, aunque está con una pierna rota, quiere pelear todavía; y el segundo hace que los agresores se arrepientan de su arrojo cojiéndoles todo un batallon y una bandera.

Este embate nocturno está pregonando que los aliados, tan completamente derrotados el día 26, no se conceptúan positivamente vencidos, y que volverán muy pronto á la refriega. Harto lo ha previsto Napoleon,

puesto que ha despachado á deshora instrucciones urgentísimas á todos sus segundos. A las seis de la mañana, en medio de la lluvia y del lodo, monta á caballo y sale por la puerta de Freyberg para reconocer de nuevo los parajes y estudiar el terreno en donde va á renovarse la pelea. Advierte una laguna en las alturas que están al frente. El cuerpo del general Klenau no ha ocupado todavía la posición que se le ha destinado, y manda el emperador ejecutivamente á Murat y á Victor que marchen á dicho punto y ganen por la mano al enemigo. El rey de Nápoles y el duque de Belluno practican aquel movimiento con toda rapidez. A las nueve de la mañana son dueños de la posición; pero se traba un redoblado cañoneo en el centro; la artillería sostiene el principal empeño de la batalla. « Allí es, dice el Manuscrito de 1815, en donde el soldado francés aguanta las mas crudas leyes de la táctica moderna. Tascando el freno que ataja su denuevo, pasa dos horas inmóvil, víctima de las balas que ambas líneas se están disparando de continuo. »

A las once Murat se halla mas allá de las gargantas de Plauen. Se le ha visto, sable en mano, terciando su manto recamado de oro, cargando al frente de los carabineros y coraceros y lanzándose sobre la infantería austríaca. Su triunfo, al que cooperan esclarecidamente Victor y Latour-Maubourg, es ya completo: el ala izquierda de los aliados queda destrozada.

No es tampoco mas venturosa su ala derecha, pues huye de la guardia joven, de cuyos peligros y triunfos participa el emperador.

Sobre todos los puntos el impetu francés descuella tan espléndido y sostenido como en los dias afamados de nuestra historia militar. Dos bata-



liones de la guardia antigua, los únicos de aquella arma que han entrado en accion, solo han peleado á la bayoneta y han arrollado cuanto han ido encontrando en su avance. Mortier, San Cyr y Nansouty no sobresalen menos que Murat, Victor y Latour-Maubourg. Aquel conjunto asombroso de todos los pechos y desempeños, formado bajo los auspicios del númen, no podia menos de quedar coronado con un resultado decisivo. A las tres, la batalla de Dresde está ya terminantemente ganada por Napoleon. Los monarcas aliados, amenazados de perder su comunicacion con la Bohemia, tienen que mirar por su seguridad y se determinan á retirarse dejando en poder del vencedor de veinte y cinco á treinta mil prisioneros, cuarenta banderas y sesenta piezas de artillería. El primer cañonazo tirado de las baterías de la guardia imperial ha herido mortalmente al jeneral Moreau. El cielo no ha querido que el vencedor de Hohenlinden tuviera tiempo de agravar su crimen y perpetuar su baldon en los campos de batalla, y ha terminado el escándalo de la presencia de semejante sujeto en medio de los Rusos....

Cabe al emperador el conceptuar que la proteccion divina le abriga aun viendo el parricidio tan prontamente escarmentado en la persona de su antiguo competidor, y la desercion tan ejemplarmente castigada en sus aliados de Viena y de Berlin. Por desgracia es una ilusion que volará luego, pues es llegado el punto en que las mas esplendorosas hazañas no le librarán de una próxima caída. Retraido del impulso liberal que se alza contra él del pecho de la juventud alemana, se halla escluido de su instituto primitivo: el hombre politico va á acabar en Napoleon. Pero como su númen le es invariable, y la nacionalidad francesa está siempre encarnada en él, caerá del trono sin menoscabar su gloria; caerá engrandeciéndose siempre para la posteridad, renovando hasta la última hora de su existencia soberana los mismos portentos con que asombraba al mundo cuando se estaba aun afanando por su encumbramiento, ú se habia remontado á la cumbre de su poderio.

El czar, el rey de Prusia y el príncipe de Schwartzemberg huyen todavía mas y mas ante el águila francesa, llevando consigo á Moreau moribundo. Ansian aposentarse por los desfiladeros de la Bohemia, y Napoleon los manda acosar eficazmente. Pero uno de sus jenerales, que presume demasiado del valor de sus tropas y del suyo, trata de cerrar el paso á todo un ejército con una bandada de soldados valerosos. El jeneral Vandamme, olvidando el dicho del emperador «de que se debe echar un puente de oro ú contraponer un murallon de acero á un ejército fujitivo,» y que no es harto fuerte para formar semejante valla de acero, el jeneral Vandamme se mete en las gargantas de Kulm y trata de atajar al grande ejército vencido en Dresde. Pero tras inauditos conatos y una resistencia desesperada, que causa una pérdida considerable al enemigo, el jeneral francés queda

soterrado por el número. Desaparece en la refriega; se le conceptúa muerto, su cuerpo de ejército cae todo prisionero, y muy luego se sabe que él mismo ha caído en poder de los Austro-Rusos.

Este desman aislado, que costó mas de diez mil hombres al ejército francés, minoró los resultados de la batalla de Dresde, cuanto mas que sobrevienen casi al mismo tiempo aciagos acontecimientos en el ejército de Silesia, pues los aguaceros estremados han sacado de madre los rios aun menos caudalosos. Anega la inundacion todos los caminos; los puentes se hallan rotos, y nuestros diferentes cuerpos privados de comunicaciones entre sí. En tan critica situacion, el mariscal Macdonald tuvo que atravesar el Bober, el Queisse y el Neisse despues de haber perecido en Lauenberg la mayor parte de la division Puthod, cuyos restos se salvaron.

Napoleon, dejando el gran ejército enemigo como encerrado en las montañas de la Bohemia, marcha á Silesia, y encuentra, el 4 de setiembre, el cuerpo de Macdonald en las alturas de Hochkirch. El mismo dia dispone que tome aquel ejército la ofensiva, acomete al enemigo, y desalojándolo de las alturas del Wolenberg, lo persigue durante todo el dia 5 hasta Górlitz, y despues de precisarle á pasar atropelladamente el Neisse y el Queisse, regresa el 6 á las siete de la noche á Dresde en donde sabe que el consejo de guerra del tercer cuerpo de ejército acaba de sentenciar á muerte al jeneral Jomini, suizo de nacion y jefe de estado mayor de aquel cuerpo, por haberse desertado al enemigo en el trance de estarse renovando las hostilidades.

Sin embargo el mariscal Oudinot tampoco habia sido mas venturoso en su marcha sobre Berlin que Macdonald en Silesia. Derrotado el 24 de agosto en Gros Beeren, habia sido reemplazado por Ney, el cual, despues de haber alcanzado alguna ventaja, el 5 de setiembre, contra el jeneral Tauentzien, padeció al dia siguiente un descalabro en Jüterbock, en donde fué atacado por Bernadotte y Bulow.

Así que, se iban redoblando los fracasos do quiera que no se hallaba el emperador, quien fué el primero en advertirlo; así concentrando en Dresde el estribo de sus operaciones, se mantuvo en cierto modo cabalgando el Elba, siempre dispuesto para acudir do quiera apremiase el peligro, y siempre en ademan de zelar y dirigir las maniobras y movimientos de los diferentes cuerpos que componian su ejército. De este modo pasó el mes de setiembre y la primera mitad de octubre marchando ora contra Schwartzberg, ora contra Sacken, contra Blücher y Bernadotte, derrotando á los unos en Geyersberg, á los otros en Dessau, y haciéndoles temer á todos el encuentro del brazo invencible que al parecer estaba gozando el privilegio de presenciario todo. Pero estos triunfos no hacian mas que cercenar su ejército, ya tan debilitado con los fracasos de la campaña anterior, sin destruir los recursos mas y mas redoblados de los ejércitos unidos.

Llegábanle de todas partes refuerzos al enemigo, y nuevas deserciones le estaban todavía auxiliando. El rey de Baviera imitaba al emperador de Austria, faltando á la fe de los tratados y rompiendo los vinculos de familia. Además la sublevacion iba cundiendo á las espaldas nuestras. Habíanse organizado cuerpos de partidarios en Sajonia y Wesfalia. El jeneral sajón Thielmann habia desamparado nuestras banderas para capitanear á tres mil guerrilleros rusos y prusianos, y habia sorprendido en Hauemburgo de trescientos á cuatrocientos enfermos que recobró en Freyburgo el jeneral Lefebvre Desnouettes. En este movimiento jeneral de los territorios alemanes contra la dominacion francesa, el rey de Wesfalia, Jerónimo Bonaparte, habia sido arrojado de su capital y tenido que retirarse sobre el Rin.

Al saber la desercion de la Baviera y la conmocion que se estaba manifestando en la Alemania central, comprendió Napoleon que le seria difícil mantenerse sobre el Elba y trató de acercarse á las fronteras francesas conservando en cuanto posible fuera su ademan victorioso. Pero conoció que arrostrando una hueste crecidísima que nada descaecia con las mas completas derrotas, por cuanto se estaba reforzando de continuo con levás de toda la Europa, era forzoso que hiciese una quinta extraordinaria, y mandó pedir al senado doscientos ochenta mil hombres por la emperatriz rejente, que pronunció, al intento el 7 de octubre, un discurso que Napoleon le habia remitido desde sus reales.

El senado, que siempre se habia mostrado solícito en cumplir los deseos del emperador, no debia mostrarse indócil cuando eran mayores las urgencias del pais y requeria auxilios ejecutivos la situacion del ejército francés en el extranjero: votóse pues sin oposicion la quinta de doscientos ochenta mil hombres.

Napoleon se hallaba sobre el Elba dueño de los puentes de Dessau, Aken y Wartenburgo, de que se habian apoderado los jenerales Reynier, Bertrand y el mariscal Ney; y su intento, dice el parte oficial, «era pasar aquel rio, maniobrar en la orilla derecha desde Hamburgo hasta Dresde; amenazar á Potsdam y Berlin y tomar á Magdeburgo por centro de operaciones, cuando la noticia de la desercion de los Bávaros le hizo orillar aquel proyecto y le determinó á retirarse sobre Leipsick.»

Esta resolucion regocija á los censores del cuartel jeneral, que ven con pesar á Napoleon propenso á dar un golpe de mano sobre Berlín; y á internar la guerra entre el Elba y el Oder, cuando ellos no ansiaban mas que volver prontamente sobre el Rin.

El emperador llegó el 15 de octubre á Leipsick, donde se hallaban ya reunidos los cuerpos de Victor, Augereau y Lauriston; siguiéronle de cerca los aliados, y por un movimiento combinado de todas sus fuerzas des-parramadas, lograron concentrarse el 16 al rededor del ejército francés,

que se halló así atajado en su marcha al mediodía y al poniente por Schwartzenberg y Gualay, al paso que Beningsen y Colloredo, Blücher y Bernadotte acudían sobre él del oriente y del norte





CAPITULO XLVI.

Batalla de Vachau y de Leipsick. Desercion de los Sajones. Paradero desastroso de la campaña. Regreso del emperador á Paris.



CONTRAPUESTOS se hallaban quinientos mil hombres bajo las murallas ó en los alrededores de Leipsick; y se hacia por tanto imprescindible una grandisima batalla.

El dia 15, Napoleon, despues de serenar el ánimo á los reyes de Sajonia que habian venido á juntarse con él en Leipsick, qué reconociendo el éjido de la ciudad y visitando los diferentes cuerpos de ejército aposentados en los alrededores; dedicando lo restante del dia y parte de la noche á los preparativos para la batalla que parecia positiva para el dia siguiente.

El 16, á las nueve de la mañana, se dió con efecto la señal para la refriega al mediodia de Leipsick por el príncipe de Schwartzenberg; pero

aquella pelea se generalizó luego, sostenida por doscientas piezas de artillería. Los aliados lograron al pronto alguna ventaja, amenazaban las aldeas de Markleeberg y de Doltz, é iban arrollando nuestra derecha, cuando la infantería de Poniatowski y de Angereau y la caballería del general Milhaud consiguieron atajar por aquella parte el avance del enemigo.

En el centro, Victor y Lauriston conservaron á Vachau y Lieberkowitz a pesar de los conatos del príncipe de Wurtemberg y de los generales Gorzakoff y Klenau.

Pero no le bastaba al emperador contrarestar con éxito y guardar sus posiciones; mas que nunca necesitaba un triunfo esclarecido y una victoria decisiva; y cuando sus enemigos se veían frustrados en sus primeros avances, tenía luego que acometerlos denodadamente y sin darles lugar para rehacerse de su trastorno y desaliento y reemplazar con tropas frescas los cuerpos acosados y vencidos; esto es lo que hizo Napoleon.

Lanzando sobre la izquierda á Macdonald y Sebastiani contra Klenau, y mandando á Mortier que sostuviera á Lauriston con dos divisiones de la guardia joven, envió á la derecha á Oudinot para apoyar á Victor, mientras que Curial marchó sobre Doltz para reforzar á Poniatowski. Ciento y cincuenta piezas de la artillería de la guardia, dispuestas por el general Drouot, acudieron á proteger todos aquellos movimientos.

Jenerales y soldados desempeñaron al par los intentos del sumo capitán. Victor y Oudinot persiguiendo al príncipe de Wurtemberg le arrojaron hasta Gossa. Mortier y Lauriston hicieron otro tanto con el cuerpo de Klenau. Macdonald y Sebastiani alcanzaron por su parte un triunfo completo, y Poniatowski fué inutilizando todas las tentativas combinadas de los Prusianos, Rusos y Austriacos para que abandonase su posición en las orillas del Pleiss.

Viendo el emperador Alejandro que iba á perderse la batalla de Vachau, se decidió á franquear, no solo sus reservas, sino también su escolta con riesgo de comprometer su propia seguridad, acudió al punto mas amenazado, y lanzó á los Cosacos de la guardia sobre la caballería francesa. Esta determinación extrema, tan generosa como arriesgada, si podía comprometer la persona del czar, salvó sin embargo al ejército de los aliados de una derrota completa. Los Cosacos recobraron veinte y cuatro de las veinte y seis piezas que acababan de tomarse á los Rusos; las reservas austríacas llegaron después. « Los aliados eran tantisimos, dice el *Memorial de Santa Helena*, que cuando estaban sus tropas cansadas se iban relevando arregladamente como en una parada. » Con semejante superioridad numérica, árduo en gran manera se hacia el derrotarlos definitivamente; así, á pesar de los prodigios de valor que manifestó el ejército francés, la victoria vino á quedar como indecisa.

Pero no solo se habia peleado en Vachau, también se habia oido el

cañon sobre el Partha y por el lado de Lindenau. Sobre el Partha, Blucher, que tenia á su favor la ventaja del número, habia desalojado al cuerpo de Marmont. En Lindenau, Giulay habia sido menos afortunado contra el jeneral Bertrand que habia defendido y salvado el camino de Francia.

Los aliados perdieron veinte mil hombres en Vachau. El jeneral austriaco Merfeld, que habia caido del caballo en medio de las bayonetas francesas, rindió su espada al capitan Pleineselve de la division Curial. Por parte de los Franceses hubo dos mil y quinientos hombres fuera de combate. Una bala le llevó la pierna al jeneral Latour-Maubourg. Napoleon tributó los mayores elogios á la conducta de sus tenientes Victor, Marmont, Ney, Oudinot, Macdonald, Augereau, etc.; particularizó el denuedo de Lauriston y el heroico arrojo de Poniatowski, á quien confirió la dignidad de mariscal.

Desde algun tiempo quedaban sin resultado las batallas que al parecer debian ser decisivas para el emperador Napoleon. Lutzen, Bautzen y Dresde no habian hecho mas que aumentar el número y el ardor de sus enemigos: ¿qué podia pues esperar de una refriaga en que el triunfo no habia sido señalado con la derrota ni con la retirada de los aliados? Al volver á su tienda tuvo que disponerse para pelear al dia siguiente.

Por la noche le presentaron su prisionero el jeneral Merfeld, á quien habia conocido en Leoben y á quien volvió prontamente su espada dejándole marchar sobre palabra, encargándole proposiciones pacificas para el emperador de Austria y diciéndole al despedirle:

«Están respecto á mi muy equivocados; mis deseos todos se encaminan á descansar á la sombra de la paz, é idear la dicha de la Fracia, después de haber engrandecido su gloria...»

«Ya sé que al cabo debo hacer sacrificios; estoy dispuesto á hacerlos... Adios, jeneral; cuando habéis por mí del armisticio á entrambos emperadores, no dudo que la voz llegada á sus oidos será para ellos muy elocuente en recuerdos.»

El jeneral Merfeld regresó junto á los suyos, quienes quedaron tan admirados como gozosos al abrazarle; pero las palabras de paz de que era portador hallaron suma tibieza en sus oyentes. Los sentimientos personales de los monarcas y los recuerdos que invocaba Napoleon estaban enteramente subordinados á las exigencias de una política inflexible. La coalición no trataba de arrimar las armas, de enfrenar sus pretensiones ó entorpecer sus embates, cuando los acontecimientos se iban declarando á favor suyo.

La batalla hubiera continuado el 17, si las copiosas lluvias y los caminos intransitables que habian retardado la llegada del jeneral Beningsen no hubiesen inducido á los aliados á trasladar su ataque al dia siguiente. Si Napoleon conceptuó que se estaba deliberando en los reales enemigos

sobre las proposiciones contradas al general Merfeld, pronto debió desengañarse, pues el 18 al amanecer los aliados estaban en movimiento. Pero el emperador lo había previsto ya todo y había pasado la noche tomando



sus disposiciones, recorriendo las tiendas de sus generales, despertando a Ney en Reidnitz, visitando á Bertrand en Landenau y dando por todas partes las ordenes para el día siguiente.

A las diez se trabó el fuego en toda la línea. Los enemigos dirigieron principalmente sus esfuerzos sobre las aldeas de Connwitz y de Probstheide, en cuya toma cifraban el triunfo de la refriega. Cuatro veces trataron de ocupar á Probstheide, y otras tantas quedaron descurados. El ejército francés defendía tenazmente por todos los puntos y logró conservar sus posiciones. El ejército de Silesia intentó en vano apoderarse del arrabal de Halle y hacerse firme en la orilla izquierda del Partha. Si logró pasar este río algunas veces, al punto se vio acometido y arrojado por el príncipe de la Moscowa que consiguió siempre arrojarlo á la orilla opuesta.

A las tres el éxito de la batalla era favorable al ejército francés. Pero uno de aquellos acaecimientos que la ciencia militar no alcanza á prever ni á concepir y que tantas veces habían trastornado de un año á aquella parte los cálculos de Napoleon, trajo de repente el sesgo de la guerra. El

ejército sajón y la caballería wurtemberguesa se pasaron al enemigo; el general en jefe Zeschau, que se mantuvo fiel á nuestras banderas, solo pudo detener á sus órdenes unos quinientos hombres. La artillería volvió sus cuarenta piezas contra la division del general Durutte.

Esta desercion inaudita, ejecutada en el campo de batalla, dejó un vacío en la línea francesa y entregó á los aliados la posicion trascendental que el ejército sajón estaba encargado de resguardar. En pocos instantes Bernadotte pasa el Partha y ocupa á Reidnitz; ya está á media legua de Leipsick cuando llega Napoleon con una division de la guardia. La presencia del emperador enardece el denuedo de sus tropas, vuelve á tomarse Reidnitz, y al anochecer somos, como la vispera, dueños del campo de batalla, mas bien vencedores que vencidos; pero reducidos á renovar diariamente una lid sangrienta, cuyo resultado era debilitar nuestras filas, y cuyo mas próspero éxito solo podia proporcionarnos un camino reñidísimo y una retirada gloriosa al través del suelo germánico.

Napoleon se hallaba pues en los campos de Leipsick, tras el heroico tesón de su ejército, como despues de las esplendorosas proezas de la jornada de Vachau, en la necesidad de disponerse á nueva pelea para el día siguiente. Pero á las siete de la noche los generales Sorbier y Dulauiy le informaron que estaban casi exhaustas las municiones de guerra, y que apenas habia con que sostener el fuego durante dos horas. En cinco días el ejército habia tirado mas de doscientos veinte mil cañonazos, y para pertrecharse no habia mas arbitrio que optar entre Magdeburgo y Erfurth.

En semejante situacion no habia que titubear. Napoleon se decide por Erfurth y da al punto orden para la retirada por los desfiladeros de Lindenau que el general Bertrand habia defendido y conservado denodadamente contra el cuerpo austriaco de Giulay.

El emperador deja el campo á las ocho de la noche y vuelve á Leipsick donde se apea en una posada (la de las Armas de Prusia). El duque de Bassano le informa de la conversacion que acaba de tener con el rey de Sajonia. Este venerable príncipe se habia mostrado afligidísimo del comportamiento de su ejército y no queria separarse del emperador, decidido á seguir su suerte. « Escelente príncipe, prorumpe Napoleon, es siempre el mismo, le encuentro tal cual era en 1807 cuando estampaba en los arcos de triunfo: A NAPOLEON FEDERICO AUGUSTO RECONOCIDO. »

El emperador pasa la noche dictando órdenes á los duques de Bassano y de Vico. El 19, al rayar el día, la mayor parte del ejército habia verificado su movimiento de retirada. Victor y Augereau desfilan los primeros; Marmont queda encargado de defender el arrabal de Halle mientras le sea dable, Regnier el de Rosenthal, y Ney los del oriente. Lauriston, Macdonald y Poniatowski, colocados á retaguardia, tienen que permanecer en los barrios del mediodía y conservar los alrededores del Elster has-

ta que los cuerpos de Ney y de Marmont hayan pasado el río. Recibe esta orden Poniatowski del emperador mismo. • Príncipe, le dice Napoleón, defenderéis el arrabal del mediodía — señor, responde, tengo muy poca gente — Os defenderéis en suma con la que tenéis. — Ah, señor, nos mantendremos, estamos siempre prontos á perecer por vuestra Majestad. • El esclarecido y desgraciado Polaco cumplió su palabra, ya no debía ver mas al emperador.

Propusieronle á Napoleón que hiciese de Leipsick un estribo de desfiladero é incendiase sus arrabales para atajar al enemigo si asomaba en ademan de tomarlos, con lo cual el ejército frances hubiera tenido mas tiempo para verificar su retirada y salir del desfiladero de Lindenau.

• Por mas odiosa que fuera la traicion del ejército sajón, dice el parte oficial, el emperador no pudo avenirse á destruir una de las mas hermosas ciudades de Alemania, prefirió esponerse á perder algunos centenares de carros al adoptar aquel barbaro partido. •

Sin embargo el enemigo habiendo advertido el movimiento retrogrado de los Franceses, arroja aunadamente todas sus columnas sobre Leipsick, ansiando á porfia internarse en su recinto y coronar con la destruccion de nuestra retaguardia el gran acontecimiento que entregaba la Alemania á los aliados.

Pero encontraron en los arrabales una resistencia tenaz é inesperada Macdonald y Poniatowski destinados á salvar el ejército, cumplieron heroicamente el noble y arriesgado encargo que se les habia confiado. Mientras que deteñian al enemigo á las puertas de la ciudad, el emperador se hallaba todavía junto al rey de Sajonia. Estaba manifestando al venerable anciano el quebranto que le traspasaba el dejarle en medio de sus enemigos, y para dilatar mas y mas el trance de su separacion, iba alargando el coloquio, cuando al estruendo de una descarga que suena junto al arrabal de Halle, se levanta el rey é insta al emperador para que se marche prontamente de Leipsick. • Bastante habeis hecho, le dijo, y es ya estrechar la jenerosidad el aventurar vuestra persona por permanecer algunos instantes mas dándonos consuelo. • Napoleón se resiste al punto, pero acercándose el estruendo de las descargas, la reina y la princesa Augusta aunan sus ruegos con los del rey, y entonces el emperador se aviene.

• No quiera dejaros, les dice, hasta que el enemigo estuviera en la ciudad, y os debía esta prueba de intimididad entrañable. Pero veo que mi presencia no hace mas que acibarar vuestro sobresalto, y me doy á partido. Recibid pues mi despedida. Suceda lo que quiera, la Francia pagará la deuda de amistad que con vos tengo contraida. • El rey acompaña al emperador hasta la escalera y allí se abrazaron por la última vez.

Eran sin embargo infundadas las zozobras de los angustios aliados de Napoleón Marmont, Ney, Regnier, Macdonald, Lauriston y Poniatowski.

eran todavía dueños de las posiciones confiadas á su resguardo. Todos los ataques de Blucher y de los demás jenerales epemigos se habian contrarestado esforzadamente, de modo que el emperador pudo salir sin tropiezo de Leipsick y llegar sosegadamente á Lindenau.

Mas otras novedades, ajenas de la prevision del númen , se agolpan acarreando mayores quebrantos.

Mientras que la retaguardia defiende á pulgadas los arrabales y va pausadamente verificando su retirada bajo los muros de Leipsick , los Sajones que han quedado en la ciudad tiran sobre las tropas francesas desde lo alto de las murallas.

Entónces se atropellan sobre el gran puente del Elster que comunica con el desfiladero de Lindenau. Estaban minados los machones, y el coronel Monfort era el encargado de hacerlo volar luego que las últimas columnas del ejército hubieran pasado á la orilla opuesta para contener la marcha del enemigo. Por una equivocacion azarosa, el zapador á quien se ha confiado la mecha, cree que los Franceses han acabado de transitar y que llegan los aliados, viendo tirar sobre la retaguardia desde las fortificaciones. Prende fuego á los hornillos, y una recia esplosion alcanza á despertar al emperador que se ha entregado al sueño, rendido ya de cansancio, en el molino de Lindenau. Ha volado el gran puente del Elster, y cuatro cuerpos de ejército que tienen consigo mas de doscientas piezas se



hallan todavía sobre las murallas o en los arrabales. ¿Cual sera la suerte de aquellos valientes mandados por Macdonald, Regnier, Lauriston y Poniatowski? Acosados por el numero, ya no les cabe resistir, y una mano francesa acaba de atajarles la retirada. Macdonald se arroja al Elster y se salva nadando. Poniatowski se abalanza a caballo al rio, se empoza en un abismo y desaparece. Igual suerte les cabe a Regnier y Lauriston, se les conceptua muertos o ahogados. Doce mil hombres feneceen o paran en poder del enemigo con aquel funesto acontecimiento.

Los aliados son dueños de Leipzig. El rey de Sajonia marcha á Berlin para pagar, desatendido por las grandes potencias de Europa, su inviolable fidelidad a la Francia, y Bernadotte participando en Leipzig del triunfo y la embriaguez de los enemigos del nombre francés, se sienta familiarmente a la mesa de los orgullosos potentados que pelean contra Napoleon por la restauracion del derecho divino.

Los reyes legítimos todavía necesitan avasallar sus repugnancias y encubrir sus segundas intenciones. Disimulan con el principe de origen plebeyo y con el liberalismo alemán cuyos auxilios han aceptado. La afeja Europa sabra erguirse contra sus necios auxiliares, y frustrarles de sus mas solemnes promesas cuando haya derrotado al enemigo común.

Napoleon ha debido conocer en el nuevo golpe que acaba de traspasarle, la inexorable é invisible potencia que trastorna todos sus calculos, burla todas sus previsiones y le va conduciendo al parecer destinadamen



te al abismo por medio de una serie de victorias á las que siguen y anondan al punto incidentes inauditos y catástrofes pavorosas.

Despues de tributar justicieramente su duelo á las victimas de aquel sumo fracaso, el emperador manda comparecer ante un consejo de guerra al coronel Montfort y al zapador que ha hecho volar con tanta precipitacion el puente del Elster; despues prosigue su retirada sobre Erfurth, en donde se aposenta el cuartel jeneral el 25, y á donde llega el ejército victorioso, dice el boletin, dirigido á la emperatriz, como llegaria una hueste derrotada.

Napoleon marcha de Erfurth el 25, y se encamina al Rin. Los Austro-Bávaros le salen al encuentro y tratan de cortarle el paso en Hanau. Pero los descabros de Leipsick no han debilitado de tal modo al ejército francés que todavia no pueda hacer que sus infieles aliados se arrepientan de su arrojo al quererle cortar la retirada. El emperador pasará sobre sesenta mil Austriacos y Bávaros mandados por Wrede y protegidos por ochenta piezas de artilleria. En el trance de acorralarle el enemigo y de estarse ya lisonjeando de rendirle, los artilleros se armarán con sus carabinas y defenderán tenazmente sus piezas colocados detrás de las cureñas. El valiente Drouot les dará el ejemplo empuñando el sable, y su heroico ademan contendrá al enemigo dando tiempo á que pueda llegar Nansouty con la caballeria de la guardia y libertar á los denodados artilleros.

Los Bávaros pierden hasta diez mil hombres en la refriega de Hanau.



Seis jenerales quedan muertos ó heridos y dejan en poder del vencedor cañones y banderas. Napoleon condecoró á dos escuadrones de guardias de honor por haber alternado en los peligros y la gloria con los cornuceros, granaderos de á caballo y dragones en aquel brillantísimo trance.

El 1.º de noviembre, el emperador llegó á Francfort. Desde allí escribió á Maria Luisa anunciándole que le remitía veinte banderas cogidas en Vachau, Leipsick y Hanau. Estos trofeos habian costado muy caros. Al día siguiente Napoleon entró en Maguncia á las cinco de la madrugada y se dedicó durante algunos dias á la reorganizacion del ejército que iba á esquadronarse por la linea del Rin, y marchó el 8 por la noche para Francia. El 9, á las cinco de la tarde, se apeaba en San Cloud.



CAPITULO XLVII.

El senado congratula al emperador. Quinta de trescientos mil hombres. Reunión y disolución del cuerpo legislativo.



OR la segunda vez en el espacio de un año, Napoleon, que tenia por larguísimo tiempo avezados los Parisienses á los cantos de victoria y á las entradas triunfales, habia regresado á su capital vendido por sus aliados y por la fortuna, acosado por las huestes de toda la Europa, y no teniendo ya para contrarrestarlas mas que los restos de la suya esclarecidamente caída en el campo del honor á los embates de la alevosía y de la fatalidad.

Iban á residenciarle por los antojos de la suerte y las traiciones que

habia padecido. La Francia, olvidando que no habia sido el motor de la guerra y que solo la habia sostenido por ella con tanto temon y entereza, se estaba disponiendo para decirle, como en otro tiempo el señor de Roma á Varo: «Vuélveme mis leñones.»

No, el gran pueblo no empañará su gloria con tamaña siarazon é ingratitude para con su hombre grande. No será palaciego tenaz como el senado, ni crítico intempestivo como el cuerpo legislativo; lamentará los yerros políticos cometidos en la prosperidad; pero se guardará de tomar los por tema de reconvenccion en el trance de la adversidad. Su instinto certero calará la máscara rēja con que el númen de la revolucion malhadadamente se ha disfrazado, y persistirá en sostener con sus anhelos y su sangre al héroe que, bajo la toga consular y ceñido con los laureles de Egipto y de Italia, celebraba en 1800 en el Campo de Marte el aniversario del 14 de julio y saludaba con entusiasmo el pueblo francés como á su soberano. Si los grandes cuerpos del estado no expresan sus ideas, se encaminará á la soledad en busca de un patriota esclarecido para constituirle otro el mismo, y el animoso tribuno que contrarestó solo el restablecimiento de la monarquia vendrá á sindicar, ofreciendo su brazo al emperador, á esos legisladores tanto tiempo mudos que habrán aguardado, para manifestar algunas veleidades de oposicion, que los anime el estruendo del cañon extranjero ó los sostengan los inminentes peligros del imperio. Carnot, que se desterró de los negocios públicos y cuya voz se mantuvo intacta del ambiente lisonjero cuando Napoleon veia á sus plantas á los subdelegados oficiosos de la Francia y á los reyes mas orgullosos de Europa, Carnot escribirá al emperador poniéndose á su disposicion, porque, á pesar de ciertos actos poco avenibles con las tendencias del siglo, siempre reconocerá en él al representante de la nacionalidad francesa, y el emperador le responderá encargándole la defensa de Amberes.

Redobla el senado desaladamente sus lisonjas de tabla al emperador, quien le dice en su contestacion: «Hace un año toda la Europa marchaba con nosotros; ahora toda ella marcha en contra nuestro: y es porque la opinion del mundo era encabezada por la Francia ó la Inglaterra. Tendriamos pues que temerle todo sin la enserjia y poder de la nacion.

«La posteridad dirá que tan grandes y criticas circunstancias no arrojaron ni á la Francia ni á mí.»

Al dia siguiente, 13 de noviembre, el gobierno pidió una quinta de trescientos mil hombres, y quedó votada por el senado.

El cuerpo legislativo estaba convocado desde el 25 de octubre por un decreto dado en Gotta. A su llegada á Paris supo el emperador que inflijos enemigos trataban de avasallar aquella junta. Al punto, haciendo uso de la potestad de dictador que sabia apropiarse cuando las circunstancias lo requerian, decretó que el presidente del cuerpo legislativo seria nombrado

por él, y su eleccion recayó en el duque de Massa, á la sazón juez supremo, y que fué reemplazado en el ministerio de la justicia por el consejero de estado Molé.

La defensa del territorio embargaba todo el ánimo de Napoleon. Por un decreto del 16 de diciembre mandó que se formaran treinta cohortes de la guardia nacional que destinó á la defensa de las plazas fuertes.

El 19 del mismo mes se celebró la sesion de apertura del cuerpo legislativo.

El emperador comunicó á los diputados y al senado los documentos diplomáticos que contenian el secreto de las negociaciones durante la última campaña y podian enterarlos de las disposiciones actuales de las grandes potencias. Estos dos euerpos nombraron cada uno su comision para proceder al escrutinio de aquellos documentos. Mr. de Fontanes informó por la comision del senado; Mr. Lainé, diputado de la Jironda, habló en nombre de la comision legislativa.

Mr. de Fontanes sostuvo su papel de partidario acérrimo de la monarquía y de servidor ansioso del imperio. Estrañó la declaracion de los soberanos coligados, los cuales en sus últimos manifestos aparentaban manifestar que solo tenian mala voluntad al emperador, y no á la nacion francesa. « Esta declaracion, dijo el orador del senado, es de un tenor nunca visto en la diplomacia de los reyes; no esponen ya sus cuitas á los reyes sus iguales dirigiéndoles sus manifestos, sino que hablan con los pueblos. ¿No puede redundarles en daño semejante ejemplar? ¿Pueden dudarlo sobre todo en esta época en que los ánimos, acosados con todas las dolencias del orgullo, hallan tan cuesta arriba el humillarse bajo la autoridad que los abriga enfrenando sus demasías? ¿Y contra quién se asesta aquel embate? Contra un hombre grande que mereció el reconocimiento de todos los reyes, por cuanto al restablecer el trono de Francia, soterró el volcan que á todos estaba amenazando. »

Este lenguaje para hacer resaltar la imprevision ó la ingratitud de los reyes rasgueaba cabalmente cuanto en las circunstancias actuales hubiera debido borrar el emperador de la memoria de los pueblos. Con la omnipotencia de la democracia disciplinada y con la fuerza incontrastable del impetu revolucionario, cuyo supremo ordenador se habia constituido, Napoleon triunfó en tantas ocasiones de los enemigos de la Francia, y se le reputó por tanto tiempo invencible. Empeñándose en retratarle tan solo como el restaurador de las antiguas instituciones y el libertador de la añeja Europa, se le apeaba de su carácter primitivo y de su naturaleza popular, aquel ensalmo que le habia ayudado á hacer todos los milagros de su vida. Ya no era el núnen del siglo aherrojando la victoria á la bandera de la revolucion francesa. El Hércules plebeyo, que durante tantos años avasalló con su temible mano el torrente de lo pasado, habia llegado á

experimentar su influjo y se habia constituido el amparador del trono y de la aristocracia; sus aduladores recordaban ahora aquel extravío y en alta voz le daban el parabien. Pero al encontrarse así al reconocimiento de la Europa monárquica, ¿no se sinceraba el levantamiento de la Europa liberal que estaba á la sazón tremolando sus banderas de extremo á extremo de Alemania y prometia constituciones en Berlin, al paso que las estaba ventilando en Cádiz? ¿No era esto tambien favorecer los amos de las pandillas el contrarrestar el sesgo democrático de la actualidad, y tratar á Napoleon como el enemigo de aquel sistema? Tanto mas de temer era esto en cuanto no carecian de verdad los recuerdos á que apelaba Mr. de Fontanes. Con efecto, era indisputable, y repetidas veces hemos tenido ocasion de evidenciarlo, que Napoleon habia procurado identificarse con el antiguo rumbo de los negocios, como él mismo lo ha confesado.

Aquel empeño quebrantó la entereza de su potestad afianzada en el nuevo sistema: desairóle la suerte, y pasó á las juntas en la misma campaña con sus redoblados triunfos y su rapidísima decadencia.

Pero Mr. de Fontanes vino tan solo á mostrar uno de los visos de la politica de Napoleon, y aun era el que mas habia de redundar en tibieza con los unos y en desvío y encono con los otros. No obstante el emperador se quejaba del concepto que merecian sus gestiones y su situacion á los pueblos y los reyes. El encabezador de la cuarta dinastia tropesaba con su propio pensamiento en el discurso del antiguo realista que el senado habia elegido para informante. Dió gracias á la diputacion del aquel cuerpo respecto á sus demostraciones, y luego bosquejó en términos harto congojosos el estado de la Francia.

«Habeis visto, los dijo, por los documentos que os he comunicado cuanto me desvivo por la paz. Haria sin quebranto los sacrificios que consienten las bases preliminares que me han propuesto los enemigos y que he aceptado; mi vida se vincula toda en un objeto, la felicidad de los Franceses.

«Sin embargo el Renne, la Alsacia, el Franco Condado y el Brabante están invadidos. Los clamores de aquella parte de mi familia me traspasan el corazon. Llamo á los Franceses al auxilio de sus hermanos.

Demasiado cierto era que la Francia se hallaba invadida. Los ejércitos de España, precisados á evacuar la Peninsula, tramontaban el Pirineo, perseguidos por los Anglo-Hispanos que acampaban ya en nuestro territorio. Al norte, el Rin se hallaba traspuesto en varios puntos, y el virey apenas podia sostenerse mas alla de los Alpes, mientras que las plazas fuertes del Elba y del Oder se iban rindiendo y que Danzack estaba ya capitulando. El trance no podia menos de ser favorable al partido contrarrevolucionario que nunca habia desmayado y cuyos principios temazmente escuchados por el torismo ingles, habian sido la causa mas ó menos manifiesta de la

coligacion contra la Francia. Los Borbones, cuyo nombre parecia olvidado y que eran enteramente advenedizos para las nuevas jeneraciones, volvieron á presentarse en las fronteras de España é inundaron con sus proclamas los departamentos meridionales. Al remedo de sus poderosos aliados de allende el Rin que habian aceptado el arrimo del *Tugend-bund*, trataron tambien de embancar al liberalismo retoñando, y no temieron presentarse como restauradores de las libertades públicas, mientras que otros, por una contraposicion asombrosa, recomendaban á Napoleon como el restaurador del altar y del trono. Así los enemigos mas encarnizados de la revolucion se hallaban reducidos á tributarle homenaje y proclamar que ya no estaba con el emperador para que este cesase de ser invencible.

Con especialidad en el poniente y el mediodia se ponian ya en movimiento los parciales de los Borbones. En algunos parajes se acuadrillaban reclutas indómitos alentados por conspiradores, poniéndose en ademán de amenaza. En Paris, una junta superior, que formaban hombres luego descollantes entre los mas célebres constitucionales, servia de norte á los enemigos interiores y exteriores.

Ahora bien, la comision del cuerpo legislativo se valió de aquel trance para insinuar que el despotismo habia reemplazado el reinado de las leyes y que la prolongacion de la guerra solo deberia atribuirse al emperador; que su afán de engrandecimiento y señorío era el único obstáculo á la pacificacion jeneral. A impulsos de los fracasos y peligros públicos, remaneció poniendo condiciones á los auxilios y sacrificios que pedia Napoleon á los diputados de la nacion para precaver al país de la invasion extranjera. Encolerizósse el emperador con un arrojo tan tardío cuanto intempestivo. La impresion y reparto del informe de Mr. Lainé habian sido votados por las cuatro quintas partes de la junta; mas quedó anulado todo por la voluntad del soberano. El 30 de diciembre se embargó la impresion con los moldes, y Napoleon se desahogó así en medio del consejo de estado.

« Señores, les dijo, ya sabeis la situacion de los negocios y los peligros de la patria; conceptué oportuna mi comunicacion íntima con los diputados del cuerpo legislativo, aunque me cabia prescindir de aquel paso..... pero han labrado con este acto de mi confianza una arma contra mi, quiero decir, contra la patria. El cuerpo legislativo, en vez de ayudar á salvar la Francia, se auna para atropellar su esterminio; falta á su obligación, yo cumplo con la mia, y lo disuelto. »

A pesar de la ejecucion que el emperador acababa de providenciar contra los miembros del cuerpo legislativo, estos se presentaron á su audiencia el 4.º de enero en las Tuilerías para complimentarle con motivo de la solemnidad del dia. Luego que se presentaron delante de él prorumpió en los extremos de ira que antes sintiera al saber su determinacion y les habló con suma vehemencia en estos términos:

• He suprimido la impresion de vuestro informe porque era incendiario.

• Los once doceavos del cuerpo legislativo se componen de buenos ciudadanos, los conozco y guardaré miramientos con ellos; pero los demás son unos facciosos y de este número es vuestra comision. (Esta se compone de los señores Lainé, Raynouard, Maine de Biran y Flaugergue.) Mr. Lainé es un traidor que está en correspondencia con el príncipe rejan-te por conducto de Deseze; me consta, tengo pruebas; los demás son unos facciosos.

• Tratais de separar en vuestro informe al soberano de la nacion. Yo

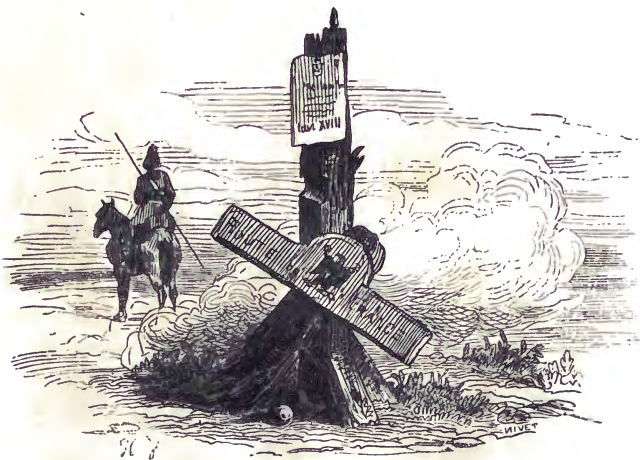


solo soy el representante del pueblo. ¿Y quién de vosotros pudiera encargarse de semejante peso? El solio no es mas que de madera cubierta de terciopelo. Si yo quisiera creerlo, cederia al enemigo mas de lo que me pide; dentro de tres meses tendréis la paz ó yo feneceré.

« El enemigo se ensangrienta con mi persona aun mas que contra los Franceses; ¿pero debo por eso desmembrar el estado?

« ¿No sacrifico yo tambien mi engrimiento por conseguir la paz? Si, soy altanero porque soy animoso; soy altivo, porque tengo ejecutados heroicidades notables por la Francia. El informe era indigno de mi y del cuerpo lejislativo; algun dia lo mandaré imprimir, pero será para mengua del cuerpo lejislativo. Habeis intentado salpicarme de cieno; pero yo soy de aquellos hombres á quienes se les mata, mas no se les deshona.

« Regresad á vuestros hogares..... Aun suponiendo que yo hubiese cometido yerros, no debierais echármelos en cara públicamente, la ropa sucia debe lavarse en casa. Por lo demás, la Francia me necesita mas que yo á ella. »





CAPITULO XVIII

Principio de la campaña de 1804.



A Francia me necesita á mi mas que yo á ella.

Sublime engrandecimiento del numen que está empapado en los extremos de su poderio, y ve mas y mas el ambito de sus alcances y de su fortaleza.

Pero el mismo numen, junto al movíl de su fuerza, adolece tambien de ilusiones.

No cabe duda en que Napoleon, como hombre y personaje histórico, no necesita ya de la Francia para gozar de su nombradia y pragonarla en la posteridad, pero como emperador y candillo de un estado grandioso, ¿que podria sin la Francia? ¿Cómo es-

cudaria sin ella su corona y su dinastía? ¿Cómo se libertaría de la muerte política con que toda la Europa le está amenazando?

Por otra parte, si es cierto que la Francia necesite mas que nunca la espada de Napoleon para contrarrestar á los ejércitos de los reyes coligados y rescatar su territorio ya mancillado por el enemigo, es tambien cierto que el éxito de la invasion pudiera acarrear la hora postrera del imperio y la decadencia irrevocable del hombre grande, y no ser sin embargo mas que un desman pasajero, que un incidente en la vida de un pueblo grandioso, del cual dirá algun dia el poeta que si puede caer, es «como el rayo que se dispara y retumba allá en la esfera.» No olvidemos que sobre todo á la Francia cuadra cabalmente lo que tantas veces se ha repetido que, en medio de los vaivenes y conmociones que arrebatan príncipes, dinastías y gobiernos, las naciones son únicamente las que nunca fenecen.

Napoleón pareció tenerlo olvidado cuando su ira prorumpió en las espresiones altaneras que vertió á la faz de los diputados de la Francia. Aun cuando el cuerpo legislativo hubiera cedido á influjos aciagos y á impulsos indiscretos, y aunque además sus antecedentes lo habian malquistado con el pueblo, todavia era arriesgado tratarle con tan sumo descomimiento y menosprecio. A pesar de su inutilidad constitucional y de su rendimiento incesante, se estaba escudando con su mismo dictado. El pueblo se habia acostumbrado á ver en él algun viso de democracia, una sombra del sistema electivo, y esto bastaba para hacer espuestísimo todo embate demasiado directo y disparado contra él. En infinitos trances los potentados, conceptuándose afianzados en sus tronos, han estado palpando que nunca la voluntad individual, por mas pujante que fuere, lastima ó reta á su salvo á los cuerpos, aun cuando representen á medias la voluntad del pais; pues ha sucedido repetidamente quebrarse el cetro contra una sombra de representacion nacional.

No cabe duda en que el cuerpo legislativo habia estado causando sumo daño, con sus malévolas insinuaciones contra Napoleon, en el trance de necesitar el caudillo del imperio toda la confianza de la nacion para batallar contra el extranjero por el suelo mismo de la patria. Pero el emperador empeoró quizás el quebranto patentizando la oposicion inoportuna de los diputados y despidiéndolos tiznados con su reprobacion solemne. Esta desavenencia entre el monarca y uno de los grandes cuerpos del estado fué mañosamente avalorada por las facciones interiores y los agentes de la diplomacia europea. Los enemigos se juzgaban venturosos, cuando se esmeraron en deshermanar á Napoleon de la Francia para hacerle mas vulnerable, al oír á Napoleon diferenciándose á si mismo de la nacion con que siempre se habia identificado y diciendo que mas necesitaba ella de él que no él de ella. Mas aquella pretension altanera no vino á redundarle en ojeriza del pueblo francés, y sus hijos acompañan al héroe á la Alsacia, Lorena y Cham-

patia, para ayudarle a resguardar el territorio y volver por el honor del país.

Antes de salir de París, Napoleón confirió, el 25 de enero, el dictado de regenta á Maria Lanza, que prestó juramento en calidad de tal, el 24, en manos del emperador y en un consejo compuesto de los principes y cumplidos sumos del imperio, ministros del gabinete y de estado.

El mismo día convocó Napoleón en las Tullerías á los oficiales de la guardia nacional parisense de la que se habia declarado comandante en jefe. «Me marchó rebotando de confianza, les dijo, voy á pelear contra el enemigo y os dejo mis prendas mas entrañables, la emperatriz y mi hijo. Los señores de Broucas, de Brevannes, etc. asomaban entre aquellos oficiales, quienes juraron todos guardar el deposito confiado á su fidelidad.

También recibió Napoleón en aquel día la carta de que ya hablamos y en la que Carnot le ofrecia sus servicios. «¿Qué contraposicion se ofreció entonces á la mente del emperador! Carnot, que habia sido el último campeón de la república y que se habia mantenido ajeno del bauto de la nueva monarquía. Carnot acudia en la adversidad á esconder á aquel mismo cuyo encumbramiento habia contrareestado, al paso que Murat, uno de los primeros principes del imperio, cuñado, amigo y antiguo compañero del emperador, colmado por él de dignidades y de honores y dotado con una corona, escogía el trance en que la fortuna vendia á su bien hecho para ostentar al mundo el escándalo de una nueva desercion y llevar á los Rusos y Austriacos el auxilio de aquel denuedo enteramente francés que les habia sido tantas veces pernicioso... Napoleón acababa de saber que el rey de Nápoles imitaba al principe real de Suecia, y que por un tratado con fecha del 44 de enero su cuñado y su suegro habian firmado, bajo los auspicios de los Ingleses, una estrecha alianza para hacerle la guerra; de modo que el principe Eugenio, que apenas podia hacer frente á los ejércitos austriacos, iba á tener á retaguardia el ejército napoleónico y el brillante general cuyo valor habia estado encareciendo tanto tiempo, y de cuya gloria habia sido partícipe y que habia descollado como uno de los caudillos mas esclarecidos del ejército francés.

Alma grande, la de todo un Napoleón se resquebraja para que su tesoro no flagrase con tantos lances lastimosos, tantas vilezas y maldades. Pero habia recibido de la naturaleza un temple recto y altanero, como el mismo lo habia manifestado en una ocasion reciente, y se airaba con el tratamiento universal que cada día estaba mas y mas presenciando, sin dejarse abatir ni descastrar un ápice.

Arrollando pues sus quebrantos y arrojando la borrasca que bramaba sobre todos los puntos de la Francia, marchó al encuentro de los alidos que habian quebrantado la neutralidad suiza para invadir las provincias orientales. Salio de París el 25 de enero á las tres de la madrugada despues de haber quemado sus papeles secretos y haber abrazado á su es-

posa y su hijo.... por la vez postrera. Asentó el 26 sus reales en Vitry, y llegó el 27 á San Dizier, de donde arrojó al enemigo que estaba cometiendo de dos dias á aquella parte insufribles desafueros. La presencia del emperador llenó de regocijo á los habitantes. El veterano coronel Bouland



pasó á echarse á sus piés y espresarle el reconocimiento de la poblacion que se mostraba solícita en torno de su libertador. Dos dias despues Napoleon tomó la ciudad y el castillo de Brienne contra Blucher y le causó una pérdida de cuatro mil hombres. Un oficial jeneral llamado Hardenberg, sobrino del Canciller de Prusia, fué cojido al pié de la escalera del

castillo Blucher, que no creía que el emperador se hallase en el ejército y tan cerca de él, estuvo á punto de tener igual suerte en el momento de bajar á pié del castillo al frente de su estado mayor. Los Prusianos prendieron fuego á la ciudad para resguardar su retirada.

El 1.º de febrero, Blucher y Schwartzberg reunidos desembarcaron sobre Rothiere y Dienville, en donde se hallaban á retaguardia del ejército francés. Engreídos con la superioridad numérica, contaban con un triunfo muy obvio. Los generales Dubesme y Gerard los desengañaron: pues el primero conservó Rothiere, y Gerard se mantuvo en Dienville. El mariscal Victor, situado en la aldea de la Geberie, la defendió también durante todo el día; pero por la noche una batería de la guardia que se estravió cayó en una emboscada y quedó en poder del enemigo. Sin embargo los artilleros se salvaron con sus tiros, formándose en escuadron y peleando denodadamente luego que vieron que no tenían tiempo de colocarse en las piezas.

La refriega de Brienne y la defensa de Rothiere, Dienville y la Geberie habian abierto esclarecidamente la campaña. Pero Blucher y Schwartzberg disponian de fuerzas tan cuantiosas, que Napoleon podia temer verse incomunicado con su capital, si insistia en guardar sus posiciones en los alrededores de Brienne. Además las columnas enemigas se encaminaban sobre Sens por Bar-sur-Aube y por Auxerre. El emperador debia acudir para escudar á Paris contra una sorpresa. Se retiró pues sobre Troyes, en donde entró el 3 de febrero, y despues sobre Nogent, en donde se hallaba su cuartel jeneral el 7. Era también su intento desviar con la manobra de sus maniobras los dos grandes ejércitos prusiano y austriaco, no pudiéndolos embestir con ventaja mientras permaneciesen reunidos, y que se prometia derrotar uno tras otro, si lograba por fin aislarlos.

Su plan tuvo un principio de ejecucion y un primero y señalado triunfo el 10 de febrero en Champaubert; pero aquellos golpes vinieron por entonces á caer sobre los Rusos. El jeneral en jefe Quosowieff, al frente de doce rejimientos, padeció un descalabro total, pues cayó prisionero con seis mil hombres y los demás se ahogaron en un estuque ó quedaron tendidos en el campo de batalla. Cuarenta piezas, todas las municiones y bagajes quedaron en poder del vencedor.

Al día siguiente le cupo á Blucher ser derrotado. Napoleon le alcanzó en Montmirail, y en dos horas de pelea le causó tanta pérdida que su cuerpo de ejército quedó enteramente destruido. Al otro día nuevo triunfo. Una columna enemiga que trataba de resguardar la retirada de Blucher fué copada en Chateau-Thierry, en donde las tropas francesas entraron revueltas con los Rusos y Prusianos. Cinco jenerales de estas dos naciones se hallaron entre nuestros prisioneros. El emperador durmió en el castillo de Nede. Los restos del enemigo atropellaron su retirada con visos de in-

ga ; y como al marchar sobre Paris esperanzados y jactanciosos los soldados de Blucher y de Sacken habian cometido sumas tropelias y crueldades, se vieron espuestos en su derrota á las persecuciones de los paisanos champañeses que los acometieron en gran número, conduciéndolos vanagloriosamente á las avanzadas del ejército francés.

Pero aquellos ejércitos aliados diariamente derrotados remaneaban inmediatamente en ademan de pelea. Preciso es repetirlo : teniamos contra nosotros toda la Europa, que reemplazaba al punto con tropas frescas sus divisiones arrolladas. Blucher, cuyo cuerpo quedó destruido el 12 en Chateau-Thierry, pudo emprender otra accion, el 14, en Vauchamp. Esta aldea, atacada por el duque de Ragusa, fué tomada y recobrada varias veces. Mientras que se peleaba encarnizadamente, el jeneral Grouchy se descolgó sobre la retaguardia del enemigo y fué acuchillando sus cuadros. El emperador avaloró el trance haciendo cargar á sus cuatro escuadrones de servicio que aportillaron y cojieron un cuadro de dos mil hombres. Llegó despues á trote largo toda la caballeria de la guardia, y el enemigo ya vencido atropelló su retirada. Pero fué perseguido activamente hasta la noche, y ni siquiera halló un refugio en la oscuridad ; porque los vencedores continuaron arrollándole en medio de la oscuridad, rompiendo sus cuadros, sembrando la tierra de muertos, haciéndole numerosos prisioneros y cojiéndole la artilleria. Su retaguardia, formada de la division rusa del jeneral Ouroussoff, acometida á la bayoneta por el primer rejimiento de marina, no pudo sostener el choque y se dispersó, dejando en nuestro poder mil prisioneros y entre ellos el comandante en jefe.

El encuentro de Vauchamp costó á los aliados diez mil prisioneros, diez banderas, diez cañones y muchos muertos y heridos.

Para marchar al contraresto de los cuerpos que operaban sobre el Marna amenazando á Paris por la parte de Reims y de Soissons, el emperador habia tenido que dejar á sus lugartenientes el encargo de contener á Schwartzenberg sobre el Aube y el Sena. Pero el jeneralísimo austriaco, no teniendo delante sino fuerzas muy inferiores á las suyas, habia continuado su marcha despues de haber estado detenido por dos dias bajo los muros de Nogent por el jeneral Bourmont. Los mariscales Viette y Oudinot no habian conceptuado del caso aventurar una batalla para atajar al feld-mariscal, y no cabiendo cerrarle el paso, se habian retirado, el primero sobre Nangis, y el segundo sobre el rio de Yeres, y Oudinot habia mandado, al tomar aquel partido, que se volasen los puentes de Montereau y de Melun.

Luego que el emperador supo los progresos de Schwartzenberg, dejó á Marmont y á Mortier sobre el Marna y acudió velozmente al punto amenazado por el ejército austriaco. El 16 de febrero llegó al Yeres y su cuartel jeneral á Guignes. El 17 se trasladó á Nangis donde se hallaba el cuer-

po ruso de Wittgenstein que venia á resguardar el movimiento de los Austro-Bavaros. Otra columna rusa á las ordenes del jeneral Pahlen se hallaba en Mormant. El emperador mandó acometer á entrambos jenerales y quedaron igualmente derrotados. El jeneral Gerard ocupó la aldea de Mormant, donde entró el 52^o á paso de ataque. La caballeria, mandada por los jenerales de Valmy y Milhaud y sostenida por la artilleria del jeneral Drouot, aportilló ejecutivamente los cuadros de la infanteria rusa, la cual en su derrota cayó prisionera, con jenerales, oficiales y soldados en número de seis mil; logrando apenas el jeneralísimo Wittgenstein salvarse y llegar á Nogent. Al pasar por Provins habia anunciado que estaria el 18 en Paris, y al atravesar aquel mismo pueblo como fugitivo, confeso llanamente el descalabro que acababa de padecer en vez del gran triunfo que se habia prometido. « Me han derrotado completamente, dijo; me han cogido dos divisiones, dentro de dos horas estarán aqui los Franceses. »

Dicho y hecho. El conde Valmy y el mariscal Oudinot marcharon sobre Provins y lo ocuparon, mientras que el jeneral Gerard se dirigió sobre Villeneuve-le-Comte en donde atacó y disperso las divisiones bávaras. A no mediar el atraso de un jeneral, por lo demás esclarecido, y que dejó de cargar á la cabeza de una division de dragones puesta á sus órdenes, el cuerpo del jeneral de Wrede quedaba enteramente destruido.

Pasó la noche del 17 al 18 en el castillo de Nangis con ánimo de amanecer sobre Montereau, en donde el mariscal Victor debia haber precehido al ejército austriaco, y tomado sus posiciones el 17 por la noche.

Sin embargo cuando el jeneral Chateau se presentó el 18 á las diez de la mañana delante de Montereau, aquel punto importante se hallaba ya en manos del jeneral Bianchi, cuyas divisiones se habian posesionado de las



alturas que cubren los puentes y la ciudad. Aunque muy inferior en número, el jeneral Chateau, llevado de su arrojo, acometió denodadamente al enemigo; mas eran sus fuerzas muy desiguales: careciendo del arrimo de las divisiones que hubieran debido llegar la noche anterior á Montereau, fué al pronto rechazado; empero el teson con que logró contrarestar el embate dió tiempo á que otros cuerpos acudiesen y se formasen en batalla. Gerard, que habia llegado de los primeros, habia recobrado una especie de equilibrio en la refriega, cuando asomó el emperador á galope tendido; su presencia enardeció mas y mas el arrojo y denuedo de las tropas; corrió á donde habia mas peligro en medio de las bombas y balas, y como los soldados murmuraban viéndole así espuesto, les dijo: «Nada temais, amigos mios; todavia no se ha fundido la bala que me ha de matar.» El enemigo habia ya cedido sobre el páramo de Surville, cuando el jeneral Pajol, desembocando de repente á retaguardia por el camino de Melun, lo arrolló sobre el Sena y el Yona. La guardia no tuvo que entrar en accion, pues al presentarse vió huir al enemigo á diestro y siniestro y asistió al grandioso triunfo de los cuerpos de Gerard y de Pajol. El vecindario de Montereau terció en la victoria tirando desde las ventanas sobre los Austriacos y Wurtembergueses. El ejército francés padeció un quebranto que acongojó en gran manera al emperador; pues el jeneral Chateau, por premio del sumo denuedo que habia manifestado en aquel dia, salió herido de muerte en el puente de Montereau. Los guardias nacionales de la Bretaña tomaron parte en la accion, y ocuparon el arrabal de Melun: el emperador les habia dicho al pasarles revista: «Mostrad de lo que son capaces los hombres del poniente; en todos tiempos fueron los fieles defensores de su pais y el arrimo mas incontestable de la monarquía.»

Despues de repartir elojios y galardones á los jenerales que habian contribuido á ganar la lid, Napoleon recapacitó en la lentitud de los que se rezagaron en su marcha ó desatendieron su desempeño. Reconvinó al jeneral Guyot al frente de las tropas de haberse dejado tomar algunas piezas estando acampado la víspera. El jeneral Montbrun fué tachado en el boletin de haber cedido sin resistencia el bosque de Fontainebleau á los Cosacos, y el jeneral Digeon fué citado ante un consejo de guerra para responder de la escasez de municiones en que se habian visto los artilleros al atacar el páramo de Surville. El emperador fundaba en lo crítico de las circunstancias sus impetus de severidad; no obstante revocó la providencia espedida contra el jeneral Digeon á ruego del jeneral Sorbier, quien le recordó los dilatados servicios de su antiguo compañero de armas.

Pero de todas las reconconvenciones vertidas por Napoleon y que resonaron en toda la Europa, la que causó mas impresion fué una nota que alcanzó al mariscal Victor de quien decia el parte oficial: «El duque de Bellunó debia llegar el 17 por la tarde á Montereau; se ha detenido en

Salins, culpa gravísima. La ocupacion de los puentes de Montereau hubiera hecho ganar un dia al emperador y proporcionado el cojir al ejército austriaco en fragante. • No se cuido el emperador á esta solemne desaprobacion, pues envió al mariscal permiso para retirarse del ejército y dispuso de su mando á favor del general Gerard.

Victor, en medio de su amargo desconsuelo por el malogro de su yerno, el denodado Chateau, acudió á su descargo; pasó á verse con el emperador, le esplico que el cansancio de las tropas habia causado su detencion, y añadió que si habia cometido algun yerro, barto cruelmente se lo hacia purgar el golpe que traspasaba á su familia. Entónces revirio en Napoleon la vista de Chateau moribundo y se enterneció; y el mariscal avalorando la coyuntura, le dijo muy conmovido: • Voy á tomar un fusil, no he olvidado mi antigua profesion, Victor formará en las filas de la guardia. • El emperador, á impulsos de tan gallardo lenguaje: • Quedaos, Victor, le dijo alargandole la mano, y aunque no puedo devolveros vuestro cuerpo de ejército, ya que se lo he dado á Gerard, os doy dos divisiones de la guardia, id á encargaros de ellas, no hablemos mas del asunto. •

Los lances de Mormant y de Montereau tuvieron para Schwartzenberg el mismo resultado que los de Montmirail y de Vauchamp, Champaubert y Chateau-Thierry habian tenido para Blucher, los Austriacos, tan mal parados como los Prusianos y los Rusos en su marcha sobre Paris, tuvieron que cojir igualmente por medio de una poblacion atropellada con sus violencias y enfurecida en su alcance. Napoleon entro en Troyes el 25 de febrero, la presencia del enemigo habia alentado á los parciales de los Borbones á prorumpir en publicaciones acerca de su opinion: un emigrado



y un exguardia de la persona se habian puesto la condecoracion de San Luis; el emperador los hizo citar ante una comision militar que los sentenció á muerte; el emigrado solo fué ajusticiado, el guardia se habia puesto en salvo.

Los soberanos aliados, con sus descalabros por el Sena y el Marna y sus dos grandes ejércitos ya dispersos y fujitivos antelas tropas victoriosas de Napoleon, trataron otra vez de ganar tiempo para reanimar sus huestes y adelantar sus reservas. Con este objeto propusieron el proseguir las negociaciones infructuosas entabladas en Francfort por el mes de noviembre anterior, y para infundir mas confianza á Napoleon y no dejarle duda alguna sobre la veracidad de sus muestras pacificas, el emperador de Austria su suegro quedó encargado de las primeras proposiciones.